

Wang Chaohua
Wang Dan
Li Minqi

Un diálogo sobre el futuro de China

¿Cómo creéis que será recordado el movimiento del 4 de junio de 1989: como otro 4 de mayo de 1919, el umbral de un período de turbulencias y de despertar político general o más bien como una versión china de 1848 ó 1968 en Europa: la última explosión espontánea de revueltas idealistas, seguida de una búsqueda precipitada del consumo material y de una estabilización institucional autosatisfecha, todo lo contrario del espíritu de la explosión?

Wang Dan: Creo que el movimiento del 4 de junio puede analizarse desde ambos puntos de vista, dependiendo del marco temporal que utilicemos. Si echamos un vistazo a sus antecedentes, fue más bien un despertar político, que comenzó con la ebullición intelectual del año anterior, cuando ya en los círculos académicos se suscitaban esperanzas de que en China eran posibles cambios profundos. Por otro lado, si vemos el movimiento tal y como se desarrolló, no cabe duda de que se trataba de una rebelión cultural de la gente joven en una atmósfera de euforia y diversión. La realidad efectiva fue una mezcla de estos elementos.

Li Minqi: Creo que el análisis dominante del movimiento democrático de 1989 ha demostrado repetidas veces su incapacidad para tomar en consideración las relaciones entre las diferentes clases sociales en China en aquel momento, en especial las tensiones entre, por un lado, intelectuales y estudiantes y, por otro, los trabajadores urbanos. Éstas fueron decisivas para su fracaso final.

El régimen comunista que apareció en China tras la revolución de 1949 tenía un carácter contradictorio. No era la clase obrera sino una burocracia privilegiada la que controlaba el poder político y económico; en términos marxistas, la Nueva China seguía siendo una sociedad basada en la explotación. Pero la República Popular China (RPC) no sólo era un régimen opresivo. Era el resultado de una genuina revolución social que movilizó a amplias capas populares. Así pues, en cierta medida tenía que reflejar sus intereses materiales y sus valores. Los trabajadores urbanos consiguieron auténticos derechos económicos: al empleo, la alimentación, la salud, la educación y la vivienda. En menor medida, los campesinos también se beneficiaron. Pero el problema era que esta combinación era inestable. Teóricamente, había dos soluciones posibles. Una era una profundización de la revolución que permitiera a los trabajadores hacerse con el control efectivo del poder económico y político. La otra era una consolidación del dominio de la burocracia que permitiera a una nueva clase privilegiada despojar a los trabajadores de sus derechos económicos y sociales, siguiendo una vía de abierto desarrollo capitalista. De hecho, fue el segundo proceso el que tuvo lugar.

En la década de 1980, los derechos de los trabajadores se vieron sistemáticamente mermados cuando la burocracia empezó a imponer la «gestión científica» en las fábricas de propiedad estatal —en realidad, la disciplina de trabajo capitalista— y a romper el «cuenco blindado de arroz» del empleo estable. Por supuesto, el resultado fue un creciente resentimiento y malestar en las grandes ciudades, que no llegó a encontrar una salida política. La ideología maoísta de la Revolución Cultural había quedado desacreditada y no se disponía de ninguna visión alternativa del socialismo. En la práctica, la clase obrera china fue incapaz de actuar como una fuerza independiente en defensa de sus propios intereses. En cambio, desde mediados de la década de 1980 en adelante empezó a crearse un consenso entusiasta entre los intelectuales chinos en favor del capitalismo de libre mercado; prácticamente no se oyeron voces desde la izquierda. Lo que tuvo como resultado que el descontento popular encontrara su expresión en un movimiento democrático dirigido no por el pueblo trabajador común, sino por intelectuales y estudiantes que se declaraban a favor de un sistema que a aquéllos les era completamente ajeno. Lo que, desde luego, hizo que en el fondo resultara imposible cualquier movilización activa y eficaz de la gran masa de los trabajadores urbanos. Pero sin su participación, el movimiento estaba condenado al fracaso.

Wang Chaohua: Pero la pregunta era más bien: ¿cómo recordará la historia futura el movimiento de 1989? De manera que tenemos que

considerar lo que ha ocurrido realmente en China desde entonces. Desde esta perspectiva, tengo que reconocer, desgraciadamente, que el 4 de junio se parece menos al 4 de mayo que a las revoluciones de 1848 y a las revueltas estudiantiles de 1968 en Europa. Ya que, al margen de cómo definamos la naturaleza de los conflictos de 1989, difícilmente podremos negar que su resultado ha sido el reforzamiento del actual régimen político y el abandono del idealismo en favor de la aspiración al consumismo, lo que viene a ser una especie de compromiso entre mejora material y opresión política, Ésta es la tendencia básica del conjunto de la sociedad.

Wang Dan: Insisto en lo que acabo de decir, pero haría una distinción entre el proceso y el resultado de 1989. En realidad, el movimiento mismo puede compararse con el 4 de mayo, ya que supone un despertar político y una revuelta social. Pero estoy de acuerdo con Chao-hua en que sus efectos se parecen más a los de 1968 en Europa. Tenemos que indicar ambos aspectos.

Li Minqi: Creo que, a decir verdad, el fracaso del movimiento democrático de 1989 abrió el camino al desarrollo capitalista en China. Para desatar el capitalismo puro y duro en China los trabajadores tenían que ser privados de los amplios derechos sociales y económicos de que disfrutaban desde la revolución de 1949. El problema era que éstos no lo iban a aceptar voluntariamente, pero les faltaba la organización política y la confianza ideológica para imponer cualquier otra dirección. Al mismo tiempo, había otra fuerza, los intelectuales y estudiantes, capaz de intervenir en favor de sus propios intereses. Estaban de acuerdo con el gobierno acerca del futuro económico del país, ambos querían el capitalismo, pero disentían acerca de la distribución del poder político. Aunque, en realidad, los objetivos de los intelectuales eran contrarios a los intereses de los trabajadores, las masas urbanas apenas tenían más opción que la de sumarse al movimiento democrático dirigido por aquellos que, al fin y al cabo, iba en contra de sus actuales —y no de sus potenciales— opresores.

La participación popular en la revuelta amenazaba con socavar el proyecto de desarrollo capitalista. Pero el fracaso del movimiento aseguró que, durante mucho tiempo, la clase obrera china no volverá a ser capaz de intervenir como una fuerza política colectiva, de forma independiente o no. Durante la década de 1990 han continuado las protestas obreras dispersas, pero una amplia oposición política a la reforma capitalista no está a la orden del día. En este sentido, el resultado del movimiento del 4 de junio no ha sido tan distinto del de las revoluciones de 1848 en Europa. En Francia, las insurrecciones en París condujeron, al fin y al cabo, al establecimiento del Segundo Imperio. El régimen bonapartista, que pretendía ser un Estado por encima de todas las clases, continuó sentando las bases de la prosperidad capitalista en Francia. De hecho, la verdad es que podríamos extender la analogía, ya que sabemos que, en realidad, la principal base social del bonapartismo descansaba en el campesinado francés. De igual modo, al menos en las pri-

meras fases de la reforma capitalista en la década de 1980, los campesinos chinos eran el principal apoyo social del régimen de Deng. En 1989 el campesinado no jugó ningún papel en el movimiento democrático y su neutralidad fue un elemento crucial para su derrota. Sería interesante considerar si el actual régimen chino correrá la suerte del Segundo Imperio, que acabó siendo sustituido por una democracia burguesa estable con la Tercera República, o se hundirá de forma completamente diferente.

Wang Chaohua: Coincido con tus comentarios sobre el papel del campesinado. Peso tu relato de la situación de la clase obrera es demasiado simple. En aquel momento, la ideología oficial presentaba aún numerosas imprecisiones y confusiones sobre las cuestiones de la reforma económica urbana, el futuro de las empresas estatales y el estatus social de la clase obrera. No hubo una conversión ideológica total al capitalismo por parte del Partido Comunista Chino (PCCh). De ahí que, inevitablemente, la clase careciera de una orientación clara. Los trabajadores tendían a oscilar entre la herencia de un maoísmo residual y el liberalismo estricto defendido por los estudiantes o los intelectuales. Todavía no se daban cuenta de que la ideología oficial era completamente incapaz de representarles y seguían en la duda de si la ideología de los intelectuales podría representarles mejor. Creo que el tronco central de la clase obrera urbana estaba atrapada entre estos dos impulsos. En 1989, intervino principalmente en favor de los estudiantes, que a sus ojos o, a decir verdad, en realidad, no eran lo mismo que los intelectuales. Sólo en contadas ocasiones los trabajadores intentaron expresar sus propias reivindicaciones.

Li Minqi: Es cierto que la ideología oficial del PCCh en la década de 1980 continuaba presentando residuos maoístas, ya que aún estaba en transición hacia una perspectiva capitalista plenamente desarrollada. Pero los cambios eran ya bastante trascendentales. La reforma económica aumentó considerablemente los poderes de los directivos en las empresas de propiedad estatal, arrancando a los trabajadores buena parte del control informal que ejercían anteriormente sobre el proceso de trabajo e introduciendo en su lugar métodos tayloristas. Los cambios en la atención sanitaria, en la política de la vivienda y en los convenios salariales contribuyeron a desarrollar el estilo capitalista en las relaciones económicas. La dirección del desarrollo estaba clara. Cuando Milton Friedman ensalzó el mercado libre y la privatización a toda máquina ante Zhao Ziyang, siendo este último secretario general del PCCh, Zhao no puso ninguna pega. Puede que otros líderes del partido discreparan de Zhao en algunos puntos, pero ninguno cuestionaba seriamente la dirección básica de las reformas implantadas por Deng Xiaoping.

Wang Chaohua: En efecto, las autoridades intentaban lanzar diversas ideas y poner en práctica políticas orientadas hacia el mercado. Pero la población urbana y los trabajadores eran reacios a muchas de estas propuestas. Sospechaban que se trataba de maniobras para desmantelar las subvenciones a la vivienda y la medicina públicas, y

podieron utilizar los compromisos ideológicos formales del régimen, su ideología socialista tradicional, como un recurso para oponerse a ellas. Precisamente ese aspecto en el que insistes, es decir, que la perspectiva de los intelectuales no representaba adecuadamente los intereses de la clase obrera, obligaba a que la conciencia de los trabajadores oscilara entre los dos polos. Los trabajadores no estaban dispuestos a deshacerse de todo el patrimonio de la República Popular en favor del programa liberal defendido por los intelectuales. Ésta es la razón de que continuaran discutiendo en la Federación de Sindicatos de toda China sobre si debían renunciar a su teórico estatus de «dueños» del Estado y de la sociedad.

Wang Dan: No estoy de acuerdo con la opinión de que la contradicción entre obreros y estudiantes fue una razón importante para el fracaso del movimiento del 4 de junio. Esa idea carece de todo fundamento. Nunca tuve constancia de tensiones entre la sede central de los estudiantes en la plaza de Tiananmen y la Asociación Autónoma de Trabajadores que pudieran afectar al movimiento. No hay motivos para pensar que las propuestas políticas de los estudiantes y los intelectuales entraban en conflicto con los intereses de los trabajadores. Estaban inspiradas en un liberalismo que hubiera creado una atmósfera social favorable para todos los estratos sociales. A decir verdad, no podía haber oposición entre las dos fuerzas porque los trabajadores no habían definido ninguna propuesta propia. Durante la década de 1980, los grupos de intelectuales y estudiantes ya tenían las ideas claras acerca de las reformas que necesitaba la sociedad china, que incluían bosquejos de programas publicados en periódicos como el *World Economic Herald* y abordaban también la reconstrucción del Estado. Eran el producto de agrupaciones reformistas estables. Pero entre los trabajadores uno no encuentra ni uno solo de tales grupos en todo el movimiento de 1989. Desde luego, surgieron organizaciones como la Asociación Autónoma de Trabajadores y hasta la Federación de Sindicatos de toda China llegó a discutir la situación. Pero no había ni un solo programa maduro de organización. En ausencia de cualquier forma de organización semejante, la discusión de las relaciones entre estudiantes y trabajadores en 1989, como si de hecho se hubiera generado una dinámica importante entre ambos, carece de todo sentido de la realidad.

Li Minqi: Los intelectuales llevan a cabo un trabajo mental antes que físico, lo que les facilita la articulación de sus propios intereses materiales. Los obreros son trabajadores manuales clásicos, atrapados en condiciones opresivas que hacen que les sea mucho más difícil explicar sus puntos de vista de manera sistemática. Pero esto no significa que carezcan de intereses diferentes de las demás clases sociales y que no tengan reivindicaciones o deseos basados en ellos. Históricamente, los intelectuales progresistas han contribuido a llevar estas reivindicaciones a una expresión teórica. Sin embargo, en 1989 ya no quedaba en China ningún segmento progresista de la *intelligentsia* que no perteneciera a la corriente central procapitalista, capaz de desarrollar ideas o propuestas en interés del pueblo trabajador.

¿Creéis que las terribles consecuencias del movimiento de 1989 eran más o menos inevitables, o pensáis, retrospectivamente, que podrían haberse evitado? En cuyo caso, ¿cómo?

Wang Dan: A mi modo de ver, dadas las circunstancias, todo apunta a que el resultado era inevitable, ya que, al final, la principal discusión en el movimiento era: ¿Deben abandonar los estudiantes la plaza de Tiananmen? ¿Qué pasará si nos retiramos? ¿Qué pasará si no nos retiramos? Históricamente, uno no puede hacer proyecciones hipotéticas en estos casos. Aunque los estudiantes hubieran abandonado la plaza no tenemos indicios suficientes para saber si el resultado habría sido más pacífico o si el conflicto se habría agudizado. Una vez que Zhao Ziyang perdió peso, la actitud de las autoridades hacia los estudiantes era inequívoca —era inevitable un enfrentamiento final con el gobierno—. ¿Cómo podríamos haberlo impedido? En el mejor de los casos, podríamos haber reducido la intensidad del conflicto y alterado el momento preciso del desenlace.

Li Minqi: Mi opinión es justo la contraria. Todo lleva a pensar que probablemente el resultado inmediato era evitable, pero si consideramos el contexto histórico en su totalidad, la derrota del movimiento era inevitable. Para comprenderlo, debemos tener en cuenta la situación de los intelectuales chinos en aquel momento. Tradicionalmente, pertenecían a las capas más altas de la sociedad. Pero, tras la revolución de 1949, perdieron la mayoría de sus privilegios heredados y, durante la Revolución Cultural, sufrieron enormemente. En términos generales, cualquier intelectual chino —lo mismo sucedía en la Unión Soviética y en la Europa del Este— se daba cuenta de que le iría mejor en una sociedad capitalista que en una socialista. De tal forma que no resulta extraño que, a finales de la década de 1980, la mayoría de los intelectuales defendiera una vía capitalista para China. Lo cual no sirve como explicación suficiente del papel que jugaron en 1989, ya que sabemos que, en determinadas condiciones históricas, los intelectuales pueden trascender sus propios intereses inmediatos e intentar analizar la sociedad desde un punto de vista más amplio. A este respecto, se trata de recordar la historia particular de la RPCh, en la que ellos fueron las primeras víctimas de las sucesivas «campañas» maoístas y aprendieron a sentir miedo de cualquier movilización de masas. Toda una generación de intelectuales chinos tuvo que trabajar bajo el peso de esta carga histórica.

Sin embargo, bajo Deng, los dirigentes del país necesitaban librarse a sí mismos de las inhibiciones de su pasado marxista y dotarse de una ideología burguesa moderna. Esta necesidad objetiva era especialmente urgente en el campo económico. De este modo, empezó a desarrollarse una simbiosis sutil pero frágil entre dirigentes e intelectuales. Ambos querían ver un desarrollo capitalista. Pero los intelectuales estaban descontentos con su posición política y querían más poder, de manera que empezaron a reivindicar más libertad y democracia. Pero, por más que necesitaran un cierto nivel de movimiento democrático para arrancar concesiones políticas al gobierno,

nunca auspiciaron una movilización activa de la clase obrera. Éste era su límite, y el movimiento que encabezaron se resintió de ello. Los intelectuales no estaban dispuestos a tomar decisiones audaces para ganar la batalla democrática, y los trabajadores, carentes de fuerza política o de visión propias, no se encontraban en condiciones de impulsarles a una estrategia más consistente. En este sentido, el fracaso del movimiento era previsible.

Wang Chaohua: No estoy de acuerdo con el punto de vista de ninguno de los dos. Creo que todo nos lleva a pensar que, potencialmente, el movimiento podría haber encontrado salidas alternativas. Esta convicción se basa en mi experiencia personal, que Wang Dan conoce. La huelga de hambre que intensificó el conflicto con el gobierno a mediados de mayo no era inevitable. De hecho, nunca fue aprobada o votada por la Unión Autónoma de Estudiantes de Pekín. Fue una iniciativa personal de un grupo de líderes, a la que otros se opusieron. Si en ese momento se hubiera seguido una línea diferente, el resultado del movimiento podría haber sido menos desastroso. Lo que no significa, y aquí discrepo con Li Minqi, que fuera concebible un éxito rotundo. Él sólo tiene en cuenta dos posibilidades: el desastre desenlace efectivo y una hipotética salida triunfante del movimiento por la democracia en 1989, en función de si los trabajadores hubieran sido o no movilizados adecuadamente. Pero yo siempre pensé que seguía habiendo otra posibilidad: ni un éxito total ni un completo desastre, sino un compromiso político. Esta posibilidad no estaba en absoluto fuera de nuestro alcance. ¿Por qué no se llevó a cabo ni ésta ni ninguna otra salida alternativa? A mi modo de ver, una razón importante fue el exceso de optimismo entre los intelectuales.

A finales de la década de 1980, los dirigentes chinos no habían coronado aún la transición del ejercicio del poder político a la adquisición del capital económico. Continuaban los conflictos internos dentro de la esfera ideológica oficial, a medida que cobraban ritmo los progresos hacia el capitalismo. De manera que los trabajadores podían seguir creyendo que su posición estaba protegida dentro de un régimen nominalmente socialista, y las probabilidades de que pudieran movilizarse enérgicamente contra éste eran más bien escasas. Por otra parte, no era imposible un compromiso entre dirigentes e intelectuales, por más que tuviera todas las probabilidades en contra. A finales de la década de 1980, los intelectuales fueron el principal motor de todo el período de reformas, mientras que las autoridades a menudo se mostraron vacilantes y divididas. Ello creó en los intelectuales tal exceso de confianza que, cuando llegó la crisis, no estaban dispuestos a quedarse a mitad de camino. El resultado fue un desastre inevitable.

Wang Dan: Voy a responderos a ambos. Li Minqi ha dicho que los intelectuales chinos querían recuperar su posición social privilegiada. Pero, si consideramos el verdadero carácter del movimiento de 1989, su tronco principal estaba formado por estudiantes. Fueron ellos los que tomaron las decisiones finales en las cuestiones más críticas, como el inicio de la huelga de hambre. El problema de

abandonar o no la plaza siguió en manos de los estudiantes. De hecho, al final la Unión de Intelectuales instó a los estudiantes a que se marcharan de la plaza, pero su propuesta fue rechazada por los que se pusieron en huelga de hambre. Fueron ellos quienes determinaron la situación. De manera que consideremos su papel en el movimiento. ¿Qué objetivos tenían? ¿Aspiraban, como los intelectuales, al poder o a la libertad? Porque son dos cosas diferentes. Si buscaban poder, entonces no cabe duda que cometieron un error no movilizándolo a los trabajadores. Pero no lo intentaron en ningún momento. Lo que demuestra que, por el contrario, los intelectuales no pretendían recuperar una posición privilegiada. Los estudiantes, por su parte, no tenían una sólida conciencia política del poder, ni siquiera una orientación. Eran gente joven que se rebelaba contra una cultura dictatorial. Querían una atmósfera de libertad en la que pudieran decir y hacer lo que quisieran dentro de los límites de la ley. Éste era el tipo de experiencia vital que les importaba. Nunca se les pasó por la cabeza movilizar a los trabajadores o formar organizaciones secretas. Tampoco querían pensar en estrategias prácticas. ¿Por qué no se asociaron los estudiantes con los trabajadores? Sencillamente porque se trataba de un puro movimiento estudiantil y ésta es la prueba de ello.

Tampoco estoy de acuerdo con las observaciones de Wang Chao-hua. Hubo muchas coyunturas críticas en todo el movimiento: las marchas, el diálogo con las autoridades, la huelga de hambre, el problema de si debíamos abandonar o no la plaza, etcétera. Pero, cuando discutimos ahora estas cuestiones, por más que intentáramos repensar el proceso, nunca iríamos más allá de meras posibilidades hipotéticas. Aunque no hubiéramos propuesto una huelga de hambre, no habríamos podido evitar que otros la iniciaran. En aquel momento la situación era tal que, si una persona se ponía en huelga de hambre, otros cien se le unían y, al ver a esos cien, se les unían mil más. Hay una dinámica emotiva en todos los movimientos de masas de este tipo. La decisión de organizar o no una huelga de hambre era sólo una cuestión táctica, ya que había una fuerza imparable que empujaba al movimiento a un enfrentamiento con las autoridades. No podemos decir que, si no hubiéramos iniciado la huelga de hambre, podríamos haber evitado el curso ulterior de los acontecimientos. Nadie puede afirmarlo tan rotundamente.

De hecho, con todo nunca hubo una única dirección del movimiento. Al principio, el papel decisivo lo jugó la Asociación Autónoma de Estudiantes Universitarios. Luego el poder pasó a la sede central en la plaza. En aquel momento, fuera de la plaza, se desarrolló la Asamblea Patriótica de Todas las Profesiones en la Capital en Defensa de la Constitución, que comprendía a la Asociación Autónoma de Trabajadores y a la Asociación Autónoma de Ciudadanos. Si consideramos la otra cuestión clave planteada por el desenlace del movimiento, es decir, la decisión de permanecer en Tiananmen hasta el final, vemos que la sede central en la plaza y la Asamblea Patriótica tenían opiniones diferentes al respecto, y ésta fue una razón importante para que no nos retiráramos. En realidad, si no me falla la me-

moria, la sede central en la plaza estaba dispuesta a estudiar una retirada, pero el conjunto de los estudiantes que ocupaban Tiananmen votaron en contra. Sinceramente, no creo que, en ese momento, quisieran mantenerse lejos de los trabajadores. Actuaban en función de emociones espontáneas. No hicieron ningún cálculo social.

Li Minqi: Estoy de acuerdo en que una ideología no tiene por qué expresarse claramente en cualquier situación, y que a menudo los estudiantes no eran conscientes de la lógica de su posición. Recuerdo bien nuestro punto de vista, que yo compartía, en aquel momento. Pero el ideal social explícito de muchos de los intelectuales era construir el capitalismo. Si uno fuera un trabajador en 1989 y le invitaran a unirse al movimiento democrático, ¿qué razones tendría para hacerlo?

Wang Chaohua: Insistes en que el problema era la falta de voluntad de movilizar a los trabajadores por parte los intelectuales y los estudiantes. En realidad, si desplazamos el centro de atención fuera de la plaza, podremos ver que muchos estudiantes acudieron a las fábricas e intentaron movilizar a los trabajadores. Esto resulta particularmente cierto en el caso de Shanghai. Pero apenas tuvieron éxito. En parte, ello se debió al hecho de que los propios estudiantes no estaban bien organizados; sus asociaciones prácticamente no ejercían ningún control sobre este tipo de acciones voluntarias. Sin embargo, hay que ver también el otro lado del problema. Algunos trabajadores se autoorganizaron en la Asociación Autónoma de Trabajadores dirigida por Han Dongfang; sin embargo, les resultó muy difícil movilizar a la enorme masa de la clase obrera. Habría que preguntarse por qué sucedió así. Cuando, en 1990, vi una grabación en vídeo del debate de los trabajadores en la Federación de Sindicatos de Toda China, me impresionó el hecho de que, en aquel momento, su principal motivo de confusión era la decisión de si debían o no hacer huelga. Ésta era una idea desconcertante para muchos de ellos, que sólo podían aceptarla tras un largo y doloroso debate. ¿Por qué? Porque, en cierta medida, continuaban bajo el hechizo de la creencia en la propiedad «colectiva» de los medios de producción en una república de los trabajadores. De modo que seguían preguntándose: «¿Es que no somos los dueños de nuestro Estado? ¿Cómo podemos hacer huelga contra nuestro propio Estado?». Era evidente su confusión.

¿Cuánto creéis que durará el actual régimen? ¿Tenéis alguna idea de las formas en que podría acabar?

Wang Dan: Mi conjetura personal es que, de aquí a cinco u ocho años, la sociedad china experimentará un gran cambio. ¿Cómo se producirá esa transformación? Una posibilidad es una extinción pacífica de la dictadura comunista, a medida que grupos progresistas dentro del partido se alíen con fuerzas democráticas externas a éste para formar un nuevo frente político capaz de hacerse progresivamente con el poder. Éste sería un camino más estable. Pero también es posible que el régimen actual se aferre tenazmente al poder, in-

tensificando la represión de las contradicciones sociales en el país. Lo que desencadenaría una mayor inestabilidad que podría conducir incluso a una lucha entre señores de la guerra regionales. Creo que ambas previsiones son concebibles. Hoy, el poder decisivo continúa en manos del gobierno. Pero podemos estar seguros de que China se verá transformada en menos de una década. Este juicio se basa en que la propia sociedad china está cambiando velozmente, haga lo que haga el gobierno. Ninguna autoridad política puede detener ese proceso. La cuestión decisiva es cómo se producirá el cambio.

Li Minqi: Yo no soy tan optimista, ¿o debería decir pesimista? Mi idea es que, durante la década de 1990, China entró en un período de rápido desarrollo capitalista, que ha provocado una etapa de relativa prosperidad y estabilidad para el país. Aunque ahora mismo la economía haya entrado en un período de recesión, creo que se trata de un revés cíclico más que estructural y que será superado. Naturalmente, esto no significa que el régimen actual vaya durar para siempre. Uno de los resultados importantes del desarrollo capitalista es el incremento de la clase obrera. En el sector privado, la fuerza de trabajo está creciendo rápidamente y está progresando su capacidad de organización y lucha. Por otro lado, en el sector público los trabajadores han ido perdiendo sus derechos tradicionales y su posición se ha visto reducida a la de los trabajadores del sector capitalista. A medida que sus experiencias converjan, es probable que unan sus fuerzas en batallas comunes. Esta evolución habrá de tener un impacto fundamental sobre el futuro de la sociedad china. En 1989 la clase obrera china era demasiado pequeña y débil como para impulsar el movimiento democrático, y los campesinos no le dieron ningún apoyo. La situación será diferente en los años venideros. Por primera vez en la historia de China, en poco tiempo la moderna clase obrera constituirá una mayoría de la población. Lo que contribuirá decisivamente a la victoria de la democracia en el futuro.

A Wang Dan le parece importante el hecho de que el actual régimen termine pacíficamente o bien de forma violenta. A mí no me preocupa tanto. Me preocupa más saber si China conseguirá la democracia bajo el capitalismo o bajo un sistema social alternativo. Hay que recordar que China se ha unido al mundo capitalista como un país de industrialización atrasada y tardía. Su posición en el mercado mundial no sólo es inferior a las de economías capitalistas avanzadas como los Estados Unidos, Japón o Europa, sino también a las de economías capitalistas de reciente industrialización como Corea del Sur o Taiwán. El desarrollo del capitalismo chino depende profundamente de la explotación despiadada de enormes cantidades de trabajadores de bajo coste. Lo que exige un marco político-económico institucional muy determinado. En Occidente, la fuerza histórica del movimiento obrero obligó a la burguesía a hacer grandes concesiones a la clase obrera, democracia política y Estado del bienestar incluidos. A su vez, en muchos países, el sufragio universal fue una conquista de la lucha de los trabajadores. Con el tiempo, se llegó a un compromiso de clases relativamente estable. Pero, en el caso de China, donde el capitalismo depende tanto de la mano de

obra abundante y barata, ¿cabe una posibilidad equiparable de que la burguesía china haga concesiones parecidas —conceder democracia política o bienestar social— y, al mismo tiempo, mantenga la competitividad en el mercado mundial y un ritmo veloz de acumulación? Parece bastante improbable.

Wang Chaohua: A mi modo de ver el régimen puede sentirse relativamente optimista. Si sus oponentes son realistas, deberían ser pesimistas. Mi instinto me dice que el *status quo* podría durar otros veinte años, o incluso más. Desde 1992, la RPCh ha entrado en una fase en la que puede sostener un amplio desarrollo capitalista a través de una continua autorregulación. Sobre este aspecto mi visión apenas difiere de la de Li Minqi. Pero si consideramos el tipo de cambios sociales y políticos que probablemente provocará semejante trayectoria económica, no estoy en absoluto de acuerdo. Consideremos tres temas centrales. En primer lugar, aunque es seguro que la clase obrera aumentará de tamaño, hay que recordar el bajísimo nivel de urbanización en la China del siglo xx, en todos los aspectos. Aún hoy continúa siendo así, y persistirá en un previsible futuro. Cuesta imaginar que la clase obrera se convierta rápidamente en la mayoría de la nación.

En segundo lugar, a medida que avanza la emigración rural, un moderno capitalismo multinacional está invadiendo China, generando enormes disparidades dentro de la misma fuerza de trabajo urbana. Cabe esperar que la desproporción de ingresos y condiciones de vida entre trabajadores cualificados y descualificados, que ya es importante, habrá de aumentar enormemente, dividiendo a la clase obrera a la vez que su número se multiplica. De manera que tengo serias dudas acerca de tu hipótesis de que habrá una clase obrera industrial en China altamente disciplinada y homogénea. Me suena anticuado. Por lo que puedo ver en los Estados Unidos o en otros países del Tercer Mundo, es más probable que se produzcan grandes divisiones sociales y regionales en su seno. En tercer lugar, China no puede repetir el modelo de industrialización de países como Gran Bretaña, en los que la población pasó a concentrarse en unas pocas zonas industriales, en torno a grandes ciudades como Londres o Manchester, y mucho menos el modelo, aún más centralizado, de nuevos polos de desarrollo como Corea del Sur, con el predominio descomunal de Seúl. Inevitablemente, en China el proceso será bastante disperso, y podría acabar derivando en un proceso de expansión comercial en general, más que de industrialización. No debemos olvidar cómo será el entorno global para el desarrollo capitalista de China en el siglo XXI.

Desde esta perspectiva, los cambios políticos podrían no sobrevenir como consecuencia de una renovación del movimiento democrático, ni como resultado de una revolución repentina, sino tal vez a través de un desgaste progresivo del centro por parte de diversos factores y fuerzas en las provincias. ¿Podría representar alguna de éstas una alternativa al capitalismo? Sólo si hubiera una articulación de las ideologías opositoras, considerada o aceptada por una cierta

parte de la elite intelectual china. Al respecto, es improbable que un discurso simplemente «socialista» pueda ser suficiente, ya que toda alternativa semejante tendría que ser capaz de explicar en qué se diferencia de los experimentos del maoísmo. Sólo entonces podría abrirse paso, o aspirar a conquistar la imaginación de las masas. Desde luego, es cierto que China sigue contando con un terreno abonado para la recepción de ideas socialistas: hay grupos importantes que se muestran receptivos a éstas, lo cual no puede explicarse mediante analogías extraídas de la historia del desarrollo capitalista en Occidente. Aun en nuestros días, todavía sigue vivo el legado de la experiencia comunista de las últimas cuatro o cinco décadas.

Wang Dan: Dejadme que os explique lo que quiero decir cuando preveo cambios básicos en China en un plazo de entre cinco y ocho años, si no vais a pensar que soy demasiado optimista. Si nos preguntamos cuánto durará el dominio del PCCh, tenemos que distinguir entre dos diferentes tipos de final: desintegración y evolución hacia algo diferente. Mi impresión es que el último es bastante probable, lo que implicaría cambios económicos cuya naturaleza deberíamos discutir a continuación. Por el momento, me interesa señalar otra cosa. Ambos habláis del futuro como si se tratara exclusivamente de un problema de análisis social racional. Pero, ¿no deberíamos contar con la posibilidad de eventualidades imprevistas en el proceso de desarrollo histórico? Como sabemos, en el pasado un error en la traducción de un telegrama podía provocar una guerra entre dos países y modificar así toda la configuración política de Europa. En China, el accidente de la muerte de Hu Yaobang hizo estallar un enorme movimiento de masas que nadie había previsto. Así pues, ¿no podría otro acontecimiento inesperado dar al traste con el camino de desarrollo capitalista impuesto por la clase política dirigente? No podemos excluir esa posibilidad.

Hoy, en la RPCh no hay normas que rijan las relaciones entre los diferentes estratos sociales; normas que orienten a los grupos dirigentes a la hora de manejar las contradicciones sociales. En tales condiciones, si estallara un accidente, es posible que las diferentes fuerzas en juego no sean capaces de llegar a una solución racional, abriendo la posibilidad de un cambio fundamental. Además, en la situación actual, en la que las contradicciones sociales se han intensificado, aumenta la posibilidad de una crisis accidental repentina. Ésta es la razón por la que no doy al régimen actual más de cinco u ocho años de vida.

Li Minqi: Wang Chao-hua ha señalado que podría producirse una división entre trabajadores cualificados y descualificados en China. Pero no creo que ese fenómeno pueda explicar, por sí solo, por qué no ha habido hasta ahora una revolución anticapitalista en Occidente. La razón más importante es la capacidad de las clases dominantes occidentales para llegar a un compromiso con sus clases trabajadoras, instaurando la democracia política y el Estado del bienestar. Si analizamos el último tramo del siglo XX, ¿hasta qué punto

el movimiento obrero ha repetido el modelo del siglo XIX? La experiencia de Corea o Brasil proporciona una respuesta aún más clara. En ambos países, la clase obrera jugó un papel crucial en la democratización. En lo que respecta a China, veríamos un desarrollo más completo de las relaciones capitalistas de producción en nuestro país que en otras naciones del Tercer Mundo. China pasó por una revolución relativamente profunda y por una reforma agraria completa que eliminó toda huella de las clases explotadoras precapitalistas. Por tanto, puede que el desarrollo de la clase obrera alcance a su vez un nivel más alto. Lo que no significa que no haya diferencias dentro de la clase obrera, por ejemplo, entre los empleados de las corporaciones transnacionales y los trabajadores de las empresas de propiedad estatal. Pero todos están sometidos a la opresión y la explotación del capital; comparten una posición social común e intereses materiales. Bajo determinadas condiciones, ello hará posible que actúen como una fuerza unida.

¿Qué estrategias inmediatas os parecen las mejores para promover la democratización en China?

Wang Dan: Durante un siglo, China ha estado ensayando diversas instituciones, muchas de las cuales se tomaron prestadas de los sistemas políticos occidentales. Pero de lo que carece nuestro país es de una esfera pública independiente tanto del gobierno del momento como de las disputas entre grupos de interés. Tal esfera pública podría mantener a raya los conflictos materiales directos y la consiguiente inestabilidad social. Éste es mi punto de vista, aunque reconozco que puede parecer algo limitado. Tengo la esperanza de que habrá una *intelligentsia* independiente en China, dotada no sólo de recursos políticos y económicos, sino también morales, sin los cuales no puede haber una oposición real en la sociedad. Su posición institucional debería ser completamente independiente. Aun en el caso de que apareciera en China un gobierno relativamente democrático, este tipo de grupo seguiría siendo necesario como un contrapeso del gobierno. A este respecto, las revistas y editoriales críticas son vitales. Tal fuerza intelectual podría mantener diferentes tipos de conexión con las autoridades de turno, implicándose incluso en política como un medio de influir en sus resultados. Pero, como poder social, no sólo debería actuar como un factor de equilibrio político, sino que también debería controlar las tendencias a la hegemonía cultural y oponerse a cualquier grupo de interés que pudiera amenazar las libertades civiles. Ésta es mi idea básica.

Li Minqi: Los intelectuales chinos, por sí mismos, no serán capaces de llevar a la victoria al movimiento democrático, en buena medida por su miedo instintivo a la clase obrera. En este sentido, el futuro de la democracia en China depende de la posibilidad de que los trabajadores urbanos se transformen a sí mismos en una poderosa fuerza política con su propio punto de vista, es decir, algo muy diferente de lo que eran en 1989. Esa fuerza debe encontrar sus propios intereses políticos y una ideología adecuada. Creo que ésta es la clave del éxito de la democracia en China. Pero, para que así sea, al

menos una parte de la *intelligentsia* debería adoptar ese punto de vista y ayudarles a desarrollar un programa social alternativo. Aquí el problema es el mismo que planteaba Wang Chaohua: ¿es posible que gente que ha recibido una educación elitista llegue a identificarse con los intereses de una clase popular? Por el momento, la principal corriente intelectual en China es inequívocamente procapitalista. Pero algunas cosas han cambiado desde finales de la década de 1980. Ahora hay un cierto espacio para la izquierda y están surgiendo pequeños grupos de intelectuales radicales, a la par que el desarrollo del capitalismo genera también sus propias contradicciones. De una manera u otra, probablemente estas últimas se reflejarán con mayor fuerza en la siguiente generación, que se habrá librado del peso de la memoria histórica que siguen sufriendo sus mayores. Estando menos marcados por las cicatrices ideológicas y psicológicas de la era del Estado socialista, es más probable que observen e interpreten la sociedad y sus contradicciones de manera más sensata y objetiva.

Wang Chaohua: Creo que la estrategia más eficaz para promover el cambio democrático en China debe ser una combinación de dos conjuntos de reivindicaciones. El primer conjunto se basa en el principio de los derechos humanos, especialmente la libertad de expresión y reunión y las libertades civiles garantizadas. Debemos hacer todo lo que esté en nuestras manos, hasta el límite de nuestras fuerzas, para convertir este principio esencial en la inspiración de nuestro trabajo político. Son muchas las temáticas a tratar y desarrollar sobre la base de una concepción general de los derechos humanos. El segundo principio fundamental es la justicia social. No cabe duda de que China está cambiando rápidamente, pero ¿hacia qué tipo de sociedad? ¿Nuestro objetivo último es sencillamente hacer a China más rica? ¿Una tasa de crecimiento mayor o un mayor rendimiento? Creo que nuestros intelectuales deben comprometerse explícitamente en favor de una sociedad más justa para todos sus miembros, más favorable y equitativa que la que hoy contemplamos. Debemos discutir de eficiencia o de desarrollo sobre la base de este criterio. Adhiriéndonos firmemente a estos dos principios podremos servir de la mejor manera a la causa de la democracia en china.

¿Es realista depositar las mayores esperanzas en el futuro de la democracia en China en una clase media emergente?

Wang Dan: En este momento, no pongo muchas esperanzas en ella. La clase media que ha aparecido recientemente en China ha conseguido su propiedad aprovechando los resquicios del sistema, de los que sus miembros han sacado grandes beneficios; de hecho, mediante los cuales han obtenido sus actuales posiciones. He Qinglian ha demostrado cómo se ha repartido esta gente las propiedades del Estado. A través de su poder consiguieron fondos, luego cortaron con sus contactos oficiales, se quitaron sus boinas rojas y transfirieron la propiedad a sus propias empresas privadas. A este estrato le interesa más conservar el orden existente. Si la sociedad se transformara en un sistema de mercado libre, sus métodos de enri-

quecimiento quedarían bloqueados. De hecho, dudo que haya una auténtica clase media en China y, si existiera, no creo que se mueva en una dirección liberal.

Li Minqi: ¿No deberíamos quizás, en primer lugar, aclarar el concepto de «clase media»? A menudo resulta bastante impreciso en el contexto de la China contemporánea, donde la gente a veces se refiere al estrato capitalista privado emergente como «clase media», mientras, otras veces, el término se usa para referirse a los profesionales e intelectuales. La segunda definición parece más coherente con el uso que se hace del término en otros países.

Wang Chaohua: La razón por la cual hay un interés creciente sobre este tema en la sinología occidental está estrechamente relacionada con el modelo del desarrollo capitalista en Europa en los siglos XVII y XVIII y, particularmente, con el estudio habermasiano de las condiciones de una esfera pública que hizo posible a la larga la democracia en Occidente, y cómo esas condiciones se han venido abajo en el mundo postindustrial actual. De modo que supongo que la cuestión se refiere principalmente al papel de un estrato burgués cuyos miembros son propietarios de capital, y no a los intelectuales que desempeñan un trabajo intelectual. La burguesía europea a comienzos de la Europa contemporánea no es el mismo tipo de fuerza que la clase que percibe rentas medias y compra coches y casas en la Norteamérica actual. Las preguntas acerca del papel de la clase media en el surgimiento de la democracia en los países en vías de desarrollo como China suelen tener en cuenta a la primera fuerza. En este sentido, creo que Wang Dan tiene buenas razones para ver una clase media emergente en los capitalistas burocráticos en China, que convierten los activos «públicos» en capital «privado». De hecho, este grupo no se limita a transformar la propiedad «pública» en riqueza «privada» dentro de China. A menudo traslada sus ingresos a cuentas bancarias en el extranjero.

Li Minqi: Personalmente, dudo que los capitalistas privados puedan contribuir sustancialmente al movimiento democrático en China. Esta clase tiene una doble naturaleza. Hasta cierto punto, se opone a la clase capitalista burocrática: existen contradicciones y conflictos entre ambas. En este sentido, la clase capitalista privada aspira a compartir el poder político, del que se encuentra aún relativamente excluida. Pero la dictadura actual, reprimiendo a los trabajadores, ayuda al capital privado a explotar a la clase obrera. Lo que favorece, naturalmente, los intereses de los empresarios privados. Si los trabajadores tuvieran mayores derechos políticos y libertad para organizar sindicatos y llevar a cabo negociaciones colectivas, ello iría en contra de los intereses de estos capitalistas. Así pues, tenemos que recordar siempre este carácter dual cuando intentamos evaluar el papel potencial de la clase capitalista privada en el movimiento democrático.

Wang Chaohua: Desde luego, no creo que debamos depositar en ese estrato nuestras mejores esperanzas de una futura democracia

en China. Por otra parte, si vemos la cuestión desde una perspectiva comparativa, recordando la experiencia europea occidental, no podemos negar que el surgimiento de una clase media en China podría contribuir en alguna medida a la formación de una democracia en el país. Debemos dar por sentado que un entorno operativo ideal para los empresarios capitalistas requiere una protección legal altamente codificada, así como derechos de propiedad rigurosamente definidos. Si, en vez de hablar sobre la experiencia actual en China, pensamos en un modelo abstracto, entonces podemos decir que, para prosperar, los empresarios privados necesitan derechos de propiedad bien definidos, protegidos por la ley. Son condiciones básicas para la existencia de esa clase específica.

A este respecto, aunque se habla mucho dentro y fuera de China de una «clase media» emergente, los empresarios privados en la China de hoy en día se encuentran en una situación parecida a la de los trabajadores que describe Li Minqi. Aún no han sido capaces de articular una ideología consistente, o de encontrar sus propios canales o mediaciones políticas. Esta clase sigue siendo un objeto de especulación, no un sujeto que pueda hacer oír su propia voz o formar su propia organización política. En las condiciones actuales, para esta clase sigue siendo muy difícil, si no imposible, convertirse, de una clase que «existe por sí misma», en una clase que «actúa por sí misma». En cualquier caso, éste es mi análisis del problema. Si lo tenemos en cuenta, no deberíamos depositar en tal estrato todas nuestras esperanzas de una futura democracia en China.

Li Minqi: Históricamente, no ha sido algo excepcional que una propiedad privada claramente definida coexistiera con una dictadura política, de forma que, por más modesta que fuera, la esperanza de ver una clase media progresista en China sería poco realista. En China, en la actualidad el gobierno está celebrando en las zonas rurales las llamadas «elecciones en cada pueblo». Los capitalistas privados suelen jugar un papel de peso en esas elecciones. En algunos casos, su papel es importante en las elecciones para las asambleas locales y provinciales. De esta forma tienen un cierto acceso al poder político.

Wang Chaohua: Estos beneficios políticos tienen que ver en su mayoría con conexiones e intrigas burocráticas. No son suficientes como para definir a ese grupo como una clase que «actúa por sí misma».

Li Minqi: Sí, eso es cierto. Yo no diría que los capitalistas privados sean todavía una clase para sí en China.

¿Hasta qué punto los disidentes deben colaborar con gobiernos extranjeros? ¿Es conveniente que critiquen sus políticas interiores o exteriores, o que se limiten a hablar de asuntos relacionados con China?

Wang Dan: Creo que debemos aclarar el concepto de disidente. A mi modo de ver, hay dos tipos de disidentes. El primero son los intelectuales que se oponen a la dictadura. Con independencia del

tipo de régimen en cuestión. Yo no siento ningún rencor especial hacia el Partido Comunista. Lo que me ofenden son sus métodos dictatoriales. Soy un disidente a causa de mis ideas. Pero hay otro tipo de disidente: los opositores políticos al régimen actual que quieren reemplazarlo. Este tipo es muy diferente. Creen que sus ideas políticas son la mejor representación de los intereses del país. Tienen orientaciones tácticas definidas y claras expectativas de éxito político. Para nosotros no existen tales expectativas. Pase lo que pase, seguiremos siendo disidentes. Así pues, nosotros aceptamos la cooperación con gobiernos extranjeros. Personalmente, no tengo ningún contacto con los círculos políticos norteamericanos. Pero el segundo tipo de disidentes debe colaborar con gobiernos extranjeros porque tiene que pensar en la posición de China en el futuro sistema internacional y espera gobernar China en el mañana. A veces también critican la política exterior de los países occidentales; Wei Jinheng es un ejemplo de ello. A mi modo de ver, es un error. Deberían hablar sólo de los asuntos de China. Su papel es actuar como un futuro gabinete en la sombra. Desde un punto de vista estratégico, no conviene criticar las políticas de un gobierno extranjero, porque cada país tiene sus propios intereses independientes que deben respetarse.

Li Minqi: No tengo nada que decir.

Wang Chaohua: Mi opción personal les parecida a la de Wang Dan, pero no haría la misma crítica al segundo tipo de disidentes. Para mí, no cabe cooperar con gobiernos extranjeros. Ser una intelectual independiente significa pensar ante todo en los derechos humanos y la justicia social y, si piensas de forma independiente, serás capaz naturalmente de criticar todo lo que creas que merece ser criticado.

¿A qué tipo de estructura constitucional debe aspirar China? ¿Sois partidarios de un estilo presidencial ruso-americano o de una forma euro-japonesa de gobierno parlamentario? ¿Pensáis en algún tipo de sistema electoral? ¿Qué grado de delegación federal de poderes consideraríais más deseable?

Wang Dan: Dado que me considero un intelectual independiente, esa cuestión no entra dentro de mis intereses. Espero que, con independencia del tipo de sistema constitucional que adopte China, encarne los dos conceptos de libertad y justicia. En la medida en que no los viole, lo apoyaré. Pero, si se opone a ellos, lo criticaré. Por lo demás, no me importa qué tipo de sistema pueda ser.

Li Minqi: Creo que debería importarnos. Dentro del marco básico del capitalismo, un sistema parlamentario de tipo europeo es un ordenamiento político relativamente más racional. Si creemos en el objetivo de la libertad y la igualdad, el modelo europeo es el que más se acerca a ellos. El sistema norteamericano se basa en la división de poderes entre las tres ramas del gobierno que, históricamente, fue creado para concentrar la influencia en las clases propietarias e impedir una mayoría popular que pudiera tener un impacto

directo sobre la elaboración política. Este tema cobra una clara expresión en los *Federalist Papers*, que sentaron las bases teóricas de la Constitución de los Estados Unidos. La Constitución rusa es el fruto del bombardeo del Parlamento por parte de Yeltsin. Está diseñada deliberadamente para debilitar al poder legislativo y dar al presidente poderes prácticamente ilimitados. No tiene nada que ver con la democracia.

Wang Chaohua: Yo también preferiría un sistema parlamentario para China. De momento, acaso sea Taiwán el que nos ofrece la experiencia más aplicable para nuestro caso. Su constitución parece una mezcla, con una inspiración que no es ni completamente europea ni completamente norteamericana. Tiene un presidente elegido directamente, pero, en la práctica, el desarrollo del sistema, así como las leyes electorales, parecen conceder sólidos poderes de reequilibrio al parlamento. El resultado institucional parece bastante inestable, a medida que, en los últimos años, la posición del primer ministro ha cobrado una independencia cada vez mayor respecto a la presidencia.

Li Minqi: ¿Podríamos hacer una analogía con Francia?

Wang Chaohua: Tal vez. Sin embargo, la peculiar posición de Taiwán ha creado una situación que no creo que exista en ninguna otra parte. El Kuomintang (KMT) ha conservado el monopolio de la presidencia, basado en su control de las fuerzas armadas, las grandes riquezas y los recursos mediáticos. Cuando hay situaciones de fuerte tensión, este complejo de poder tiende a sacar provecho, ya que los votantes aspiran a la estabilidad. En otras circunstancias, el gobierno puede verse fácilmente afectado por las presiones electorales.

Li Minqi: Tanto en Taiwán como en Corea, los presidentes son elegidos más bien por mayorías relativas que absolutas. Lo que permite al candidato del partido ganador acceder a la presidencia con sólo una minoría —un tercio, por ejemplo— del total de los votos.

¿Qué sistema económico recomendaríais para China? ¿Qué países extranjeros se le acercarían?

Wang Chaohua: Me resulta difícil señalar un sistema económico claramente definido que quisiera recomendar encarecidamente para China. Para nosotros lo más importante es insistir en que todos los miembros de nuestra sociedad tengan una misma voz en la actual transición más allá de un supuesto sistema de propiedad socialista, en realidad, controlado por el Estado. Todo el mundo debe tener el derecho a enterarse de las consecuencias de cada posible opción y a hacer su propia elección sobre la base de una información completa al respecto. Debe darse a la gente que sostiene propuestas y opiniones diferentes las mismas oportunidades de explicar sus ideas. Son éstas las condiciones bajo las cuales los ciudadanos normales, sin grandes conocimientos especializados en economía, entre los que me encuentro, estarían en condiciones de tomar su pro-

pia decisión sobre lo que sería mejor para el país y de intentar agrupar a los demás en favor de su opción.

En términos generales, creo que una China democrática debería permitir a la gran mayoría de su pueblo participar en y de sus logros sociales y económicos. Si alguien pudiera señalar una vía convincente hacia ese objetivo, le seguiría de buena gana. La Revolución Cultural en China buscaba el objetivo de la igualdad social, pero lo hizo llevando a los miembros de la sociedad a una austeridad común, empujando a todo aquel que disfrutaba de mejores condiciones de vida a un nivel más bajo y más pobre. Este tipo de igualitarismo es incompatible con una sociedad sana y creó aún más problemas y conflictos. Creo que este tipo de práctica debe ser reformada.

Si me preguntaran qué sistema económico actual en el mundo se acercaría más a las condiciones ideales que acabo de mencionar, haría mucho hincapié en los factores culturales. Así que me inclinaría a pensar en Taiwán, en tanto que sociedad china que podría inspirar algunas direcciones para la China continental en el futuro. Me impresionaron bastante sus cooperativas rurales, que parecen ser auténticas empresas colectivas. Incluso en el sector industrial, la proliferación de pequeñas y medianas empresas en Taiwán, que contrasta notablemente con el modelo de Corea del Sur, indica la importancia que tiene allí la familia como unidad socioeconómica. Creo que hay elementos, tanto de justicia social como de cohesión entre los miembros de la sociedad, que están insertos en esas empresas locales y colectivas, basadas en la familia, de una manera que resulta fácilmente visible para la gente que ha crecido en un ambiente cultural chino. Tales formas económicas podrían ser más fáciles de aceptar para nuestro pueblo, si se preocupan por la justicia y la cohesión sociales.

Li Minqi: Estoy de acuerdo con Wang Chaohua en que, en el proceso de transición económica, todo miembro de la sociedad debe tener acceso a la información relevante y el derecho a expresar opiniones diferentes sobre sistemas económicos alternativos. Desgraciadamente, ésta dista mucho de ser la situación en la China actual. Pero ello no debe impedir que trabajemos por un sistema económico que combine una mayor igualdad y una mayor eficiencia. Desde el comienzo del capitalismo, los seres humanos han intentado resolver el problema de cómo, por un lado, podían desarrollarse rápidamente las fuerzas productivas y la civilización y, por otro, de cómo podía beneficiarse de ese desarrollo la mayoría del pueblo. En China, así como en la antigua Unión Soviética y en la Europa del Este, una revolución hecha en nombre del socialismo no logró cumplir esas expectativas. Lo que no debe impedir que continuemos buscando una respuesta a la pregunta. Un principio básico del marxismo dice que todo modo de producción es la forma adecuada para el desarrollo de las fuerzas productivas sólo bajo determinadas condiciones históricas. Dado que tales condiciones cambian con el tiempo, ningún modo de producción puede permanecer igual para siempre. El capitalismo no es una excepción.

A este respecto, son importantes las experiencias de algunas economías capitalistas en el período de posguerra. Si estudiamos Asia oriental, vemos que en Japón, Taiwán y Corea del Sur el gobierno jugó un papel crucial en la asignación de recursos, en especial de las inversiones de capital. El gobierno proporcionó capital barato a los sectores punta, fomentó una orientación de la producción hacia la exportación y dirigió los flujos de inversión a través del sistema bancario. El rapidísimo crecimiento a que dio lugar este modelo puso en cuestión la creencia ortodoxa en que el mercado libre es el mecanismo óptimo para la asignación de recursos y el desarrollo económico. Por supuesto, no se trataba de sociedades ideales. La estrecha colaboración del gobierno con los grandes capitalistas no sólo era incompatible con la igualdad, sino que acabó afectando a la eficiencia, como podemos comprobar hoy con la crisis económica regional. Pero imaginemos que los sistemas de Asia oriental no se basaran en la colaboración entre el gobierno y el gran capital, sino que estuvieran sometidos al control democrático de la mayoría de los ciudadanos. ¿No sería una opción preferible?

Una segunda experiencia que tenemos que meditar es la estructura típica de las corporaciones alemanas y japonesas, en comparación con las norteamericanas. En el sistema norteamericano, que se acerca a una pura versión clásica del capitalismo, los propietarios de la corporación tienen un poder casi absoluto sobre la empresa, mientras que los trabajadores no son más que asalariados, sin ninguna participación en la gestión o en el reparto de beneficios. Además, en las condiciones de un mercado de trabajo altamente flexible, a las corporaciones les resulta relativamente más fácil despedir a los trabajadores. El modelo alemán y japonés es completamente diferente. Bajo este sistema, los trabajadores reciben beneficios, participan en la gestión y disfrutan de una apreciable seguridad en el empleo. Pero, si comparamos los resultados económicos de los dos tipos de estructura, vemos que, durante casi todos los años de posguerra, Alemania y Japón mantuvieron mayores tasas de productividad del trabajo y niveles más altos de inversión que los Estados Unidos. La ideología dominante sostiene que la igualdad y la eficiencia no son compatibles, y que la eficiencia económica exige el sacrificio de la igualdad. Pero las dos experiencias que he subrayado no concuerdan con este punto de vista. Llevan a pensar que una mayor equidad puede generar una mayor eficiencia.

Si pensamos en el actual sistema económico chino, podemos comprobar que, a pesar de todas las reformas favorables al mercado, el Estado sigue siendo un actor central en la asignación de recursos, más aún que en Japón, Taiwán y Corea. ¿No deberíamos conservar la intervención económica del Estado, pero democratizándola, con el fin de que la mayoría del pueblo determine la dirección de la inversión social? En lo que respecta a nuestras empresas de propiedad estatal, sabemos que solían presentar rasgos semejantes a algunos aspectos de las empresas alemanas y japonesas: los trabajadores tenían seguridad en el empleo y un cierto poder informal en el proceso de producción. Sin embargo, desde que comenzó el período

de reformas los derechos de los trabajadores se han visto continuamente mermados, mientras que las prerrogativas de los directivos han aumentado considerablemente. Ello ha tenido un impacto negativo sobre los incentivos laborales. Según una investigación de la Federación de Sindicatos de Toda China, en la actualidad los incentivos a los trabajadores en las empresas de propiedad estatal se encuentran en su punto más bajo desde que comenzó la reforma. Naturalmente, la productividad se ha resentido. Si queremos mejorar los resultados económicos de las empresas de propiedad estatal, no debemos limitarnos a tratar de definir cada vez más claramente los derechos de propiedad. Debemos también intentar mejorar los incentivos a los trabajadores, dándoles más presencia en la gestión y una mayor cuota de participación en los beneficios.

Wang Chaohua: Cuando metes en un mismo grupo a Taiwán junto con Corea y Japón, estás pasando por alto una diferencia entre ellos. Cuando puso en marcha el llamado «milagro económico», el gobierno de Taiwán subvencionó gran parte de la inversión de capital en grandes empresas de propiedad estatal. Éstas tienen una estructura completamente diferente a la de los *chaebols* de Corea del Sur o los *keiretsu* en Japón. En Taiwán, los empresarios privados y los grandes capitalistas ocupan una posición más débil respecto a las grandes empresas de propiedad estatal. Este ejemplo tiende a demostrar que no es imposible estimular el desarrollo a través de las empresas de «propiedad estatal» como principales actores industriales.

Por otra parte, podría ser cierto que, en los primeros años de la RPCh, el compromiso de la clase obrera, unida a la mejora de su estatus social y a los beneficios económicos, contribuyera a un cierto crecimiento con altas tasas de productividad. Pero dudo que la disminución de la iniciativa de los trabajadores de las empresas de propiedad estatal en la RPCh empezara sólo con la puesta en marcha de las reformas de Deng. La pérdida de entusiasmo de los trabajadores ya era bastante visible en China en los últimos años de la Revolución Cultural. Yo diría que desde 1972 ó 1973. ¿Han empeorado tanto la situación las reformas?

Li Minqi: Yo no he dicho que los trabajadores tuvieran más incentivos en la Revolución Cultural. De hecho, durante el período inicial de la autoridad de Deng, algunas de las medidas de reforma contribuyeron a mejorar los incentivos laborales. Pero, desde mediados de la década de 1980, la seguridad en el empleo y otros derechos sociales se han visto progresivamente socavados, lo que ha supuesto un factor más en la crisis de productividad de las empresas del Estado.

Wang Dan: A mi modo de ver, si queremos llegar a un sistema ideal, debemos respetar dos principios. En primer lugar, debe haber un sistema de mercado libre en China basado en la propiedad privada. Para el normal funcionamiento de toda sociedad, la propiedad privada es sin duda esencial; al igual que es necesario un mercado libre para que una economía eficaz pueda satisfacer las necesidades materiales básicas. En segundo lugar, debe haber una red de pro-

tección social que garantice un determinado grado de justicia en la estructura global de la sociedad. Mi ideal es una economía de libre mercado de este tipo.

¿Pensáis que las industrias del Estado en quiebra deben cerrarse ya, como recomienda el FMI?

Wang Chaohua: Esa opinión no sólo es la del FMI. Es sostenida por un buen número de economistas. La pregunta no es tan fácil de responder, porque no siempre está claro qué es lo que ha llevado a la quiebra a muchas empresas de propiedad estatal. Probablemente, parece que las razones son bastante diferentes en la década de 1990 que en la de 1980. En la última década, ha habido un cambio cualitativo en el proceso. En la década de 1980, las reformas aspiraban a resolver determinados problemas derivados de la falta de compromiso de los trabajadores con los resultados de la empresa. En la década de 1990, muchas empresas de propiedad estatal tuvieron ocasión de rejuvenecerse con directrices menos rígidas desde el centro. Pero ahora la propagación de la ideología del libre mercado les ha cerrado otras opciones. Sus activos fueron sencillamente traspasados, legal o ilegalmente, a los directivos que estaban a cargo de la empresa en ese momento. Con este poder sin restricciones en manos de los directivos, que no vacilaron en apropiarse de activos públicos, cada vez más empresas se encaminan a la quiebra, y son los trabajadores quienes tienen que cargar con los costes de la liquidación, es decir, despidos masivos. En casos como éste, el gobierno tiene una clara responsabilidad por la suerte de estos trabajadores y de sus empresas.

Hay un problema añadido en la China de hoy, que surge cuando el gobierno pretende modernizar determinados sectores industriales, como el textil o la industria del carbón, bajo presiones medioambientales. Por lo general, estos sectores están al menos dos generaciones por detrás del desarrollo medio internacional, lo que les hace altamente vulnerables en la perspectiva de un mercado abierto, siguiendo las pautas de la reforma. Creo que, cuando estos sectores tengan que modernizarse exhaustivamente, el Estado como órgano social central debe cargar con los gastos acarreados, gracias a la riqueza acumulada en sus arcas. No se puede aceptar que el Estado traslade los costes de sus anteriores políticas sobre trabajadores que no tienen ninguna responsabilidad en el asunto.

Li Minqi: Creo que un problema correlativo es la eficiencia decreciente de las empresas de propiedad estatal, que se refleja en el deterioro de los indicadores financieros a lo largo de la década de 1990. A este respecto, no podemos ignorar el contexto institucional desfavorable al que se enfrentan tales empresas. El tipo impositivo efectivo sobre las empresas de propiedad estatal es mucho más alto que el de las que no lo son. La situación consistía en que todo el capital de esas empresas era facilitado por el Estado. Pero, por lo general, desde mediados de la década de 1980 esto ha dejado de suceder. Además, a partir de entonces, los capitales que antes invertía el Estado han pasado a ser créditos públicos. Lo que significa que

ahora las empresas de propiedad estatal tienen que pagar al Estado los intereses de los créditos así como los impuestos sobre sus beneficios: son cobradas dos veces por el mismo propietario.

En segundo lugar, está el problema del que acaba de hablar Wang Chaohua, es decir, el poder cada vez más incontrolado de los directivos de esas empresas. Esto ha fomentado la rápida extensión de la corrupción y la pérdida de activos públicos. En tercer lugar, como ya he dicho, las reformas han socavado los derechos sociales y económicos que venían disfrutando los trabajadores, perjudicando a los incentivos laborales. Si tenemos en cuenta todos estos factores, parece evidente que la privatización no es la única vía para solucionar los problemas de las empresas de propiedad estatal. Tampoco es la mejor ni la más igualitaria. Si los trabajadores tuvieran más voz y más intereses en esas empresas, tendrían mayores motivos para mejorar la productividad. Si los directivos estuvieran sujetos a un mayor control por parte de la fuerza de trabajo, habría menos corrupción y saqueo de los activos públicos. Asimismo, si disfrutaran de un marco fiscal más justo, nada impide pensar que las empresas de propiedad estatal podrían llegar a ser mucho más eficientes.

Wang Dan: Si una empresa del Estado tiene muchas deudas bancarias y se declara insolvente, es obvio que debe ser cerrada. Pero aquí hay un problema de justicia. Me refiero a la indemnización. Si cierran de repente muchas empresas sin tener esto en cuenta, se creará inestabilidad social. Hay dos aspectos de la indemnización. La primera concierne al empleo. Los trabajadores despedidos deben tener la oportunidad de encontrar otro trabajo. Sobre este tema no estoy de acuerdo con Li Minqi. Es la privatización la que debe crear esos empleos. La resistencia del gobierno a la privatización a gran escala está impidiendo que la gente encuentre empleos alternativos en el mercado libre. Ésa es la principal injusticia.

El segundo aspecto de la indemnización es un problema de dinero. Aquí también hay mucha injusticia. Por ejemplo, en la provincia de Liaoning se vivió una situación extraña durante los diez primeros meses de 1997. Las dificultades económicas de las empresas del Estado eran de las peores del país y, sin embargo, la tasa nominal de crecimiento era de las más altas del país. ¿Cómo era posible? Creo que una de las razones era la miserable indemnización que recibieron los trabajadores cuando sus empresas estatales cerraron. Cada trabajador despedido recibió sólo entre 100 y 200 *renminbi*. Lo que supone una absoluta injusticia para trabajadores que han trabajado en la empresa durante muchos años. En los países occidentales, si las empresas quiebran los trabajadores reciben indemnizaciones muy elevadas. Pero cuando cierran las empresas estatales chinas los trabajadores reciben una indemnización bajísima, para asegurar el crecimiento del PNB. Esto es bastante injusto. Si estas prácticas continúan, sin duda desembocarán en conflictos sociales.

Li Minqi: ¿Crees que en Occidente, cuando una empresa quiebra, los trabajadores reciben indemnizaciones elevadas? Me sorprende

bastante. Y tampoco llego a comprender cómo la privatización masiva puede contribuir a solucionar el problema del paro.

Wang Chaohua: Creo que Wang Don se refiere a que la creación de nuevas empresas privadas, y no la venta de las empresas estatales en quiebra, crearía nuevas oportunidades de empleo. Lo que no me parece poco razonable.

Li Minqi: Pero el problema no es que un desarrollo de ese tipo esté prohibido en China. De hecho, es fomentado.

Wang Dan: No, el programa de privatizaciones chino presenta enormes limitaciones. Por ejemplo, en la RPC hay un único banco, el Minsheng Bank, que conceda créditos expresamente a las empresas privadas. Cuando otros bancos conceden créditos a empresas privadas, son mucho más restrictivos que cuando prestan a empresas del Estado. Es un problema grave, porque el desarrollo de un sector privado próspero depende de la disponibilidad de crédito.

Li Minqi: Que yo sepa, cuando los bancos del Estado se muestran reacios a facilitar créditos importantes a las empresas privadas, la razón no es que éstas sean privadas, sino que por lo general se trata de empresas pequeñas. Dado que los préstamos a compañías pequeñas suelen presentar más riesgos, por lo general estas empresas tienen un menor acceso al crédito. No se trata de una discriminación ideológica.

Wang Dan: Durante la transformación económica de los países de la Europa del Este, el gobierno creó varias agencias expresamente dedicadas a fomentar el desarrollo de pequeñas y medianas empresas. En China esto no se ha hecho. Lo que me lleva a decir que el gobierno chino sigue sin aceptar la privatización que necesita el país.

¿Consideráis que el paro masivo es económicamente inevitable en China? De no ser así, ¿qué medidas defenderíais para combatirlo?

Wang Chaohua: Creo que hoy el paro a gran escala está ligado a las actuales medidas de reforma. Decir que es un problema heredado de los primeros experimentos socialistas es simplificar el problema. La gestión de las empresas de propiedad estatal durante la década de 1990 no es consecuencia del llamado «cuenco blindado de arroz» de las décadas de 1950–1960. Si hoy tantos trabajadores pierden su empleo, se debe sobre todo a que las medidas de reforma no han sido estudiadas rigurosamente, a que sus principios no se sometieron a una discusión pública y a que no se ofreció a las empresas de propiedad estatal un abanico de opciones lo bastante amplio. Han sido los propios altos funcionarios chinos los que han provocado el actual desempleo a gran escala. Así pues, no creo que sea completamente inevitable. De hecho, algunas empresas de propiedad estatal han hecho serios esfuerzos para rejuvenecerse, como lo demuestran los experimentos en Wuhan. El problema no es que no haya habido iniciativas locales para sostener el empleo público de

forma rentable. El fomento de la participación de los trabajadores en la gestión económica y la protección de los derechos de los trabajadores en la administración local contribuirá a esos esfuerzos.

Li Minqi: Estoy de acuerdo con casi todo. Aun dentro del marco del actual régimen, el desempleo a gran escala no es inevitable. El gobierno podría acometer una política presupuestaria más activa, aumentar la inversión pública y facilitar ayuda a los trabajadores despedidos. Ello aumentaría la demanda efectiva y disminuiría la tasa de paro. Hay quien sostiene que todo aumento ulterior del déficit público no provocará más que inflación. No estoy de acuerdo. Hoy, el principal problema de la economía china consiste en la inadecuación de la demanda agregada y en la infrautilización de los recursos. La tasa actual de utilización de recursos sólo llega al 50 por 100. En tales condiciones, un aumento del déficit contribuiría a reducir el paro en vez de desatar la inflación.

¿Hasta dónde pensáis que debe llegar la privatización de la economía china?

Wang Chaohua: Creo que los principales sectores industriales chinos deben seguir siendo de propiedad estatal, pero que se debería permitir que se desarrollara la empresa privada allí donde fuera necesario en el ámbito local o regional. El sistema de planificación económica nacional necesita una revisión y un reajuste completos. En los municipios no debe haber discriminación o supresión de empresas privadas: han de combatirse firmemente los monopolios locales, especialmente cuando están vinculados al control político.

Li Minqi: Desde el comienzo de la reforma, la participación del sector público ha ido disminuyendo. El conjunto de las empresas de propiedad estatal y las sociedades anónimas controladas por el Estado suponen menos de un tercio del producto industrial chino. Se ha producido la siguiente división del trabajo: las corporaciones transnacionales se han hecho con la práctica totalidad de las industrias de alta tecnología; esencialmente, las pequeñas y medianas empresas de trabajo intensivo son privadas o bien empresas denominadas municipales o de pueblo. En la práctica, muchas de estas últimas son privadas. Las empresas de propiedad estatal se concentran ahora en determinadas industrias pesadas que exigen grandes inversiones de capital y proporcionan *inputs* básicos como materias primas y energía al resto de la economía. En el futuro inmediato, el sector privado podría seguir expandiéndose a la par que disminuye el sector público. Pero, dada la actual división del trabajo, es poco probable que empresas privadas nacionales o extranjeras reemplacen a las empresas de propiedad estatal en aquellos sectores en los que hoy siguen siendo dominantes: bien porque los sectores no son rentables, bien porque aún no poseen el capital o los conocimientos necesarios para entrar en ellas. De manera que la participación de la industria estatal podría descender a corto plazo hasta aproximadamente un 25 por 100 del PNB, pero es poco probable que baje mucho más. Si el pueblo chino tuviera la oportunidad de elegir de-

mocráticamente entre sistemas socioeconómicos alternativos, las actuales empresas de propiedad estatal podrían transformarse a través de la expansión de los derechos y los poderes de sus trabajadores. Al mismo tiempo, un gobierno democrático debería fomentar también el desarrollo de empresas cooperativas.

Wang Dan: Yo vería el problema de la privatización desde una perspectiva política. En el futuro, cuando China experimente una transformación democrática, un nuevo orden político debería tomar medidas económicas para integrar a los diferentes grupos de interés. En primer lugar, la tierra debe privatizarse para contentar a la población rural. Lo que hará que la gente vea que se trata de un gobierno con una nueva política. En segundo lugar, la vivienda debe privatizarse para dar una sensación de seguridad a la población urbana. Ambas privatizaciones deben ser gratuitas, es decir, sin cargo a ninguno de los beneficiarios. En tercer lugar, es muy importante deshacerse de la obligatoriedad de solicitar permiso para la creación de empresas. En China debe ser igual que en Occidente, donde lo único que hay que hacer es registrar la empresa. Discrepo de Wang Chaohua y de Li Minqi, en cuanto yo pretendo fomentar la privatización y reducir las empresas del Estado en todos los ámbitos.

Li Minqi: En este momento, los campesinos chinos ejercen en la práctica el control de la tierra que cultivan. De modo que, cuando hablas de la privatización del suelo, te refieres sobre todo a la libertad de comprarlo y venderlo. ¿Estás convencido de que los campesinos aprobarían un mercado libre de la tierra en el que podrían perder sus parcelas?

Wang Dan: Por esa razón decía que debíamos considerarlo desde un punto de vista político, porque, de hecho, existe ya una cierta propiedad privada de la tierra. Con la política actual, los contratos con el gobierno son válidos durante treinta años e incluso pueden ser indefinidos. Lo que prácticamente viene a significar la propiedad individual. Sin embargo, para dar a la gente una sensación de seguridad, un nuevo gobierno debe inscribir en la constitución la propiedad privada de la tierra, resolviendo la cuestión de una vez por todas. Constituye una prioridad política dar a los ciudadanos un sentimiento de estabilidad y seguridad. Pero también fomentará la eficiencia económica y contribuirá a desarrollar las fuerzas productivas en el campo.

Wang Chaohua: Tengo muchas dudas acerca de la privatización de la tierra. Por otra parte, Wang Dan ha aludido a otro tipo de problema, que es el de la protección legal de los bienes personales. Este tema fue una de las fuerzas motrices de la reforma a finales de la década de 1970. No se remitía tanto a la colectivización de la agricultura en la década de 1950 como al trauma de la Revolución Cultural. Ahora el problema es saber si la reparación de sus excesos debe devolvernos o no a la situación existente durante el período de dominación nacionalista. Con independencia de lo que pensemos, lo cierto es que hace falta claridad jurídica y seguridad. Debemos ga-

rantizar que en China los derechos y los bienes individuales no sean usurpados arbitrariamente por el poder político.

Li Minqi: ¿Por qué no tenemos en cuenta la experiencia histórica de Rusia? Las comunas rurales en Rusia en el siglo XIX eran muy parecidas al sistema de contrato familiar vigente en nuestro país. Sobre el papel, la tierra era propiedad de la comunidad aldeana, pero en la práctica las familias campesinas tenían el control privado de la tierra. En la década de 1860, Rusia abolió la servidumbre y más tarde introdujo otras reformas, permitiendo la libre compra y venta de la tierra. El resultado fue la disolución de las comunas y el agravamiento del conflicto entre el Estado y el campesinado.

Wang Dan: Si aceptamos que la tierra es un tipo de mercancía, debemos permitir que se compre y se venda libremente. Reconozco que la privatización del suelo aumentará la desigualdad, lo que podría intensificar las contradicciones sociales en el campo. Pero tenemos que sopesar los pros y los contras de toda medida. Si no privatizamos, entraremos en contradicción con la naturaleza de las mercancías. La nacionalización de la tierra en una economía planificada inevitablemente genera problemas. Siempre cabe desarrollar un sistema de regulación que corrija los desajustes producidos a raíz de la privatización de la tierra. En términos comparativos, los resultados de la privatización podrían no ser tan negativos como los que se derivarían de su no realización.

Wang Chaohua: No estoy de acuerdo con la privatización de la tierra. Si recordamos el proceso de reformas en China, veremos que supuso una oportunidad para redistribuir los recursos a gran escala, además de mucha corrupción. Es probable que, en la práctica, el efecto real de la privatización fuera justo el contrario del esperado.

Wang Dan: Lo esencial es que el entorno político sería diferente. ¿De veras piensas que no hay manera de controlar los daños y reducirlos a un mínimo?

Wang Chaohua: La privatización es una revalorización de los derechos de propiedad de diferentes miembros de la sociedad. ¿Cómo elegir qué derechos son legítimos, y de acuerdo con qué fundamentos? Algunas constantes de la vida de la gente no pueden interrumpirse al azar, salvo introduciendo la confusión general, como podemos comprobar en Europa del Este. ¿Dónde está la fuente de los derechos agrarios legítimos en China? ¿En la Revolución Cultural, en la reforma agraria de la década de 1950, en la distribución realizada por el KMT, o debemos remontarnos a la dinastía Qing?

Wang Dan: Desde luego, en el proceso de privatización debería reconocerse el derecho de herencia. Este principio tiene dos consecuencias. La gente ha de disfrutar del derecho a transmitir lo que posee y a heredar la propiedad de sus antepasados. Hay métodos técnicos para hacer frente a los problemas que plantea la aplicación de este principio. Los problemas políticos son otra cuestión. Las ten-

siones aparecidas con la división de las empresas del Estado se debieron a la corrupción. Pero éste es un problema del sistema político que queremos cambiar.

Wang Chaohua: Así no se elimina una dificultad ideológica que no podemos esquivar. ¿Por qué la reforma agraria de la década de 1950 no condujo a grandes disturbios por los derechos de propiedad? Esencialmente, porque las ideologías política y económica del régimen revolucionario estaban estrechamente coordinadas. ¿Por qué las actuales reformas suscitan tanta controversia? Porque las doctrinas políticas y económicas del gobierno están bastante en desacuerdo. Si planteamos de golpe el tema de la propiedad de la tierra, creará más confusión aún. Deng Xiaoping concedió los actuales contratos por treinta años. ¿Por qué debería respetar sus medidas un nuevo gobierno?

Wang Dan: Una división abierta y transparente de la tierra en unidades individuales resolvería ese problema.

Li Minqi: Como mera información quería apuntar que, técnicamente, la tierra en el campo chino no es propiedad del Estado, sino de la comuna rural. Hay quien piensa que lo mejor sería sustituir estas ficciones de propiedad «colectiva» por la propiedad estatal.

Wang Dan: La expresión misma «tierra de propiedad estatal» es incorrecta. Llevamos viviendo en esa tierra durante incontables generaciones. ¿Por qué ha de pertenecer al Estado?

Li Minqi: Tu razonamiento tendría sentido si habláramos de un Estado dictatorial. Pero si hablamos de democracia, ¿por qué el Estado no puede poseer la tierra en nombre de todo el pueblo?

¿Qué nivel de desigualdad social considerarías aceptable en China?

Wang Chaohua: La verdad es que se trata de una cuestión espinosa. Tiendo a analizarla desde una perspectiva comparativa. Entre las tensiones iniciales en favor de la reforma en China se encontraban las reflexiones críticas sobre la igualdad «absoluta» predicada durante la Revolución Cultural, en la que el método oficial para disolver todos los privilegios sociales, culturales, políticos y económicos consistió en enviar a la gente al campo a compartir el lodo y la miseria de la vida campesina. Sin duda alguna, China no debería volver a pasar por un experimento semejante. De ahí que un cierto grado de desigualdad será inevitable en el proceso mientras buscamos una sociedad mejor. Si miramos a nuestro alrededor, diría que a este respecto, de algún modo, Taiwán ofrece un mejor ejemplo que Hong Kong.

Li Minqi: Estoy de acuerdo con que China no necesita otra Revolución Cultural que obligue a la gente a aceptar una determinada forma de organización económica a través de la coerción. No obstante, como ya he dicho, creo que, en realidad, la igualdad y la eficiencia pueden reforzarse mutuamente. Es perfectamente posible que una

nueva China democrática presente menos desigualdades que las que hoy observamos en la mayoría de los países capitalistas.

Wang Dan: No tengo nada que decir sobre este tema.

¿Hong Kong os sugiere un modelo atractivo para una futura sociedad China? ¿Creéis que su régimen económico debe ser reproducido a gran escala en una China postcomunista? ¿Recomendaríais su estructura presupuestaria a vuestros compatriotas?

Wang Chaohua: Suelo comparar Hong Kong con Taiwán y descubro que normalmente prefiero a Taiwán. Es más afín a la China continental como modelo de desarrollo y como sociedad china viva. Asimismo, resultaría más fácil emularla si fuera necesario.

Li Minqi: El sistema político de Hong Kong es básicamente un producto del dominio colonial británico, actualizado mediante un acuerdo entre la burocracia china y los millonarios de Hong Kong. Está sólidamente del lado de los intereses de la clase capitalista local y excluye cualquier participación real de los trabajadores. Económicamente, el enclave sigue una política tradicional de *laissez faire*, en la que la sociedad, en realidad, apenas interviene en el mercado. No creo que constituya un modelo pertinente para China, tome ésta una vía capitalista o socialista. Si queremos un grado razonable de igualdad social, si queremos mejorar la posición de nuestro país en el sistema mundial, desarrollar nuestra capacidad tecnológica o contener las inestabilidades inherentes al mercado, una intervención sustancial del Estado resulta inevitable. En lo que atañe a las finanzas públicas, a menudo se elogia a Hong Kong por su déficit nulo. Pero, en las condiciones modernas, de hecho desde la Gran Depresión, este tipo de política ultraconservadora ha caducado. Para un gran país como China, el objetivo de la política presupuestaria no debe ser el mantenimiento de un equilibrio mecánico entre ingresos y gastos, sino la promoción del desarrollo económico en interés de la mayoría de la población.

Wang Dan: Hong Kong me resulta muy atractivo. Además, creo que es un modelo para China. Por supuesto, no se trata de copiar a Hong Kong completamente. Pero admiro muchos rasgos de esa sociedad. Una de sus virtudes es su naturaleza multicultural. Dada su condición limítrofe, ninguna cultura tiene el monopolio exclusivo en Hong Kong: todo tipo de culturas pueden desarrollarse allí. También es una sociedad sumamente eficiente, muy diferente en este sentido no sólo de la China continental, sino también de Taiwán. Para comprobarlo, no hay más que ver cómo trabajan sus periodistas. Otro rasgo positivo de Hong Kong es su libertad de prensa, que me causó una honda impresión. Al menos hasta 1997, había un profesionalismo y una libertad de expresión en los *media* rara vez vistos en otros lugares. Los periodistas del continente deberían aprender de allí. Por último, y sin que ello implique disminuir la importancia de este aspecto, Hong Kong disfruta de una posición especial entre el Este y el Oeste. No es completamente oriental ni oc-

cidental. Más tarde, cuando la China continental corrija su propia orientación cultural, debería ocupar también una posición intermedia entre Oriente y Occidente, recogiendo algunas cosas de Oriente y adoptando otras de Occidente con el fin de aprender de ambos lados, como ha hecho Hong Kong. Así nuestra sociedad será más viva. Resumiendo: las cosas que creo que podemos aprender de Hong Kong son: la multiculturalidad, la eficiencia, la libertad de prensa y el equilibrio entre Oriente y Occidente.

Leo Lee: Si vamos a discutir el modelo de Hong Kong, lo mejor sería dejar que la gente de Hong Kong hablara por sí misma. Sus habitantes podrían pensar que el principal problema ahora mismo es el sistema legal, o la unidad especial anticorrupción, que creen que es una invención de Hong Kong. Otra especialidad local es el *laissez faire* económico total, aunque últimamente el gobierno ha debido intervenir un poco. Por supuesto, no hay una elite cultural. Impera el mercantilismo y los intelectuales no merecen ningún respeto. Éste es, a grandes rasgos, el modelo de Hong Kong.

Wang Chaohua: Creo que hay una cierta conexión entre el legado colonial en el que hacía hincapié Li Minqi y los rasgos de la vida de Hong Kong de los que ha hablado Wang Dan. Es ese vínculo entre ambos lo que hace prácticamente imposible toda reproducción ulterior del modelo de Hong Kong, incluso en el Hong Kong posterior a la devolución. Un rasgo crucial del modelo consistía en que, casi hasta el último momento, la población china de Hong Kong, si exceptuamos un puñado de abogados y magnates, no jugaban ningún papel político en el gobierno del territorio. Hong Kong era una colonia británica que ni siquiera disponía de las instituciones representativas que se solían conceder a otras colonias británicas. Podríamos decir que era una dictadura externa. Sus autoridades administrativas y legislativas eran impuestas desde el extranjero. Era esto lo que hacía posible sus políticas de absoluto *laissez faire*. En la práctica esto se traducía en que, mientras respetaras la ley, las autoridades te dejaban hacer lo que quisieras. Creo que, en parte, esta estructura política es la responsable de la falta de cualquier tipo de elite cultural a la que acaba de aludir el profesor Lee. Cuando una elite cultural no tiene ninguna posibilidad de jugar un papel político, sus recursos para mantener un estatus social privilegiado se ven drásticamente limitados. A este respecto, Hong Kong era muy diferente de la China continental, donde, ya fuera bajo los Qing, los nacionalistas o los comunistas, siempre ha habido una circulación entre el poder político y el cultural.

Li Minqi: Pero si la gente se limita a obedecer pasivamente la ley, ¿no les impide ese tipo de conciencia cívica tomar parte activa en la vida política?

Wang Chaohua: Hoy la situación ha cambiado. El modelo se ha vuelto inviable toda vez que los asuntos del territorio corren a cargo de una administración local. Si imagináramos que los sesenta escaños de la actual Asamblea legislativa fueran elegidos directamen-

te —actualmente sólo veinte lo son— habría una tupida red de conexiones entre los legisladores y sus electores, y los representantes tendrían que hablar en nombre de sus votantes y preocuparse por los diferentes problemas que plantearan los grupos ciudadanos en sus distritos. De repente, todos esos problemas ya no serían los mismos que debía arrostrar el gobernador colonial. Todo problema sería una peliaguda cuestión política local. Por esta razón decía que el conocido modelo de Hong Kong ni siquiera puede copiarse en el propio Hong Kong, una vez terminado el dominio colonial. Ahora su cultura política estará vinculada mucho más estrechamente a la sociedad local, y veremos como cambia la falta de interés de la gente por los asuntos públicos.

¿Consideráis que el rápido crecimiento en China de una cultura comercial de masas, basada en los modelos de los Estados Unidos y de Hong Kong, supone en el fondo una amenaza o un alivio para el gobierno? ¿Su función principal es la de estimulante crítico o la de un narcótico económico?

Wang Chaohua: Las dos influencias externas son distintas. En Hong Kong, donde la estructura colonial impedía toda posibilidad de autogobierno democrático, no cabe duda de que la cultura comercial de masas jugaba un cierto papel de estímulo de la opinión pública y daba bastante cabida a la libertad de expresión. Una de las consecuencias fue que, en la década de 1980, la sociedad de Hong Kong pudo responder puntualmente a las evoluciones políticas de la China continental. Por supuesto, esta cultura no permitió el mismo nivel de reflexión crítica sobre los asuntos políticos en Hong Kong que en Gran Bretaña. Había un gran contraste con Taiwán a este respecto. El cine de Hong Kong nunca produjo nada que se acercara a la autoconciencia histórica que encontramos en una película como la *Ciudad de la tristeza*, de Xiao Xien, o en la nueva ola taiwanesa en general. Pero, en un sentido más comercial, los *media* y la industria del entretenimiento de Hong Kong crearon un ambiente capaz de responder en el momento oportuno a las crisis en la China continental. Tanto su libertad como sus limitaciones formaban parte de la misma experiencia colonial, basada en una ausencia total de poder político directo por parte de la mayoría de la población. Hoy, tampoco puede reproducirse esta situación en ninguna otra parte.

Ahora bien, si miramos hacia la China continental, creo que la dicotomía de la cuestión resulta demasiado simple. La cultura comercial de masas, ya sufra la influencia de Hong Kong o de Hollywood, no representa una amenaza para las autoridades. Pero tampoco pueden controlar el desarrollo de esta cultura. En la década de 1990 asistimos a una nueva «fiebre cultural». Hay no poca ebullición en el sector editorial y dentro de los círculos académicos. Sería difícil presentar todo esto como una «opinión pública acicate de la crítica»; pero tampoco se trata de un mero opio cultural. Me inclino a pensar en un campo intermedio entre ambos polos, aunque en China ello no equivale a una «esfera pública» como la que podríamos imaginar en Occidente. El principal problema es que hoy el campo entre los

dos polos es un espacio negociado silenciosamente, sin protección legal legítima. Tienes que jugar desde dentro para saber cómo moverte en su seno. Por ejemplo, actualmente hay periodistas y escritores independientes en activo en China que tienen permiso para dirigir una revista atrevida en Guangdong. Cuando las autoridades la cierran, podrían lanzar otra revista en Pekín, y luego en Shenzhen. En este sentido, a decir verdad la situación es bastante favorable para las discusiones críticas entre los intelectuales.

Li Minqi: Sí, pero, ¿esos autores independientes forman parte de la cultura comercial de masas o son dos temas diferentes? Estás hablando del espacio en el que son posibles determinadas publicaciones intelectuales que plantean cuestiones «atrevidas» o no tan «atrevidas». ¿Qué tiene que ver esto con la cultura de masas?

Wang Chaohua: Son fenómenos relacionados, porque, si nos preguntamos cómo es posible lanzar rápidamente nuevas publicaciones cuando son cerradas las anteriores, parte de la respuesta reside en que el desarrollo comercial proporciona una base para ese tipo de hábiles maniobras. Pongamos por caso un programa de televisión como *Tiempo y espacio de Oriente*, emitido por la CCTV: ¿lo calificaríais como un producto de la cultura comercial de masas o de cultura política oficial? Este tipo de empresa utiliza un entorno comercial en vías de desarrollo para intentar expresar algo nuevo. En este sentido, la actual cultura de masas reduce en cierta medida el control político de las autoridades. En el peculiar entorno de la China continental, dado que muchas cuestiones sociales de interés público son difíciles de debatir debido a los controles políticos, paradójicamente pueden convertirse, en un plano comercial, en temas de máximo seguimiento en términos de audiencia televisiva. Así pues, a medida que la cultura de masas se extiende en China, el «espacio» que va creando no sólo se llena de mero entretenimiento o de consumismo, sino que permite introducir temas políticos delicados que en otro caso merecerían la prohibición oficial. De manera que no podemos decir que la cultura comercial sólo fomenta la apatía política, por más que seguramente sea así.

Li Minqi: Aquí hablamos de una nueva cultura comercial, y la pregunta es si ésta ha contribuido a las actitudes apolíticas y apáticas entre la masa de la población. No voy a negar que haya un cierto espacio para otros tipos de producción, pero si consideramos la mayor parte de sus productos, cuesta negar que es bastante entontecedora. No obstante, aquí debemos andar con cuidado. Lo que solemos llamar cultura comercial «de masas» en China se restringe en su mayor parte a las capas altas y medias. La mayoría de la población está poco influida por ella. La situación no tiene nada que ver con la de los Estados Unidos o Hong Kong, donde toda la población está verdaderamente saturada de este tipo de cultura.

Wang Dan: A mi modo de ver, la ola de cultura comercial que se desarrolló en la década de 1990 fue alentada en cierta medida por el gobierno. Es uno de los fenómenos que apareció después de 1989. Si

volvemos a nuestra primera pregunta, podemos decir que el significado más profundo de 1989 puede verse en la aparición de esta cultura comercial. A partir de entonces, el Partido Comunista ha venido dependiendo de la extensión de una cultura comercial para neutralizar la imagen negativa de su represión política entre la población. Pero ahora la ola de mercantilismo se ha convertido en una amenaza contra su propio poder. El plan original del gobierno consistía en fomentar una cultura comercial y esperar que se convirtiera en una especie de narcótico. Sin embargo, no creo que el resultado haya sido la indiferencia política. Más bien ha abierto un espacio social independiente del que surgirán cada vez más formas imprevisibles, creadas por el pueblo llano o mediadas por la influencia comercial. Es el caso, por ejemplo, de las canciones de Cui Jian, las películas de Zhang Yimou y las novelas de Wang Shuo. Los tres desmistifican diferentes aspectos del poder existente. Son casi lo mismo que las protestas de 1989. Su papel es la deconstrucción del despotismo. Estas cosas pueden llegar a todo el país a través de la cultura comercial. *Tiempo y espacio de Oriente*, que ha mencionado Wang Chaohua, es un buen ejemplo porque, sin la existencia de la cultura comercial, no habría cobrado tanta importancia. Los *shows* televisivos como *Digamos la verdad* («Shihua shishua») también son el producto de esta cultura comercial. Ahora no son una amenaza para el régimen, pero llegarán a serlo. Dentro de diez años, cuando los gobernantes evocuen las razones de su caída, se darán cuenta de que cometieron un error nada más empezar. El gobierno pensaba que tan sólo fomentaba la cultura comercial, pero esa fuerza crea un espacio político y social en cuyo seno nacen formas que destruyen su autoridad. Si no existiera la cultura comercial esto no hubiera sido posible después de 1989. El gobierno está cavando su propia tumba.

Li Minqi: Lo que no me queda claro es por qué este tipo de evolución es una amenaza para el gobierno o deconstruye su autoridad. Por más que pienses que ofrece algún espacio independiente, ¿qué sucede si la gente se vuelve tan independiente en su interior que deja de interesarles la política? ¿Por qué iba a ser malo para el gobierno? ¿Por qué no iba a ser tan sólo una forma de control más inteligente?

Wang Dan: Sigues hablando de indiferencia política. Pero si consultamos la ciencia política, vemos que en democracia la indiferencia es inevitable. No hay más que ver el número de gente que se molesta en votar en los Estados Unidos actualmente. El régimen totalitario hizo un uso constante de su poder para movilizar al pueblo y lanzar campañas políticas. Si la gente común se vuelve indiferente, es imposible movilizarla. El régimen descubrirá que ha perdido sus recursos. De modo que no creo que la indiferencia política sea algo malo.

Li Minqi: No estoy de acuerdo. Las campañas políticas de las que hablas eran fenómenos de la China maoísta y de la Rusia estalinista. Pero no son un rasgo común a todas las dictaduras. Históricamente, lo habitual era que la apatía política conviviera con la tiranía. Es per-

fectamente posible que en nuestro caso se presenten juntas la apatía política y la dictadura.

Wang Dan: La base para la movilización política en China y en la Unión Soviética era la falta de indiferencia política. Cuando todo el mundo vivía un período de entusiasmo político, como durante la Revolución Cultural, estos regímenes se encontraban en la cumbre de su poder. Con la erosión de las creencias, debido a la cultura comercial, prolifera la indiferencia política, que llega a convertirse en una amenaza para el régimen.

¿Pensáis que el nacionalismo popular es una fuerza sólida en la RPCb en la actualidad, o se ha exagerado su importancia? Si realmente lo es, ¿hasta qué punto constituye una mentalidad saludable?

Li Minqi: No tengo gran cosa que decir sobre este tema, aunque me interesé algo por él cuando en todas partes se discutió el famoso libro *China puede decir «No»*. El nacionalismo es un fenómeno que tiende a aparecer con el desarrollo del capitalismo. Con el rápido crecimiento económico y el aumento de la prosperidad en China, la clase dominante empieza a confiar cada vez más en sí misma y son más los intelectuales de clase media dispuestos a identificarse con el actual régimen. El ascenso del nacionalismo refleja la confianza en sí mismo del nuevo capitalismo chino. Pero no creo que el nacionalismo chino se haya vuelto lo bastante fuerte como para incorporar a todas las clases sociales o suprimir la conciencia de sus contradicciones mutuas. Por lo general, se limita a un sector de la *intelligentsia*. En el pasado el nacionalismo jugó un papel progresista y antiimperialista en China. Pero hoy es diferente. Aunque sigue siendo difícil determinar hasta qué punto es virtual o real, está claro que en determinadas condiciones podría volverse peligroso. Por ejemplo, hoy mucha gente cree que China debe usar la fuerza militar para resolver los conflictos con países vecinos.

Wang Dan: El nacionalismo chino se ha convertido en un tema estrella, pero creo que exagerado por algunos extranjeros. No creo que tenga una gran influencia en la realidad. Pensemos, por ejemplo, en la experiencia de Clinton en la Universidad de Pekín. Todos sabemos que muchas de las preguntas provocadoras que se le hicieron en su primera conferencia pública estaban preparadas. Los estudiantes fueron cuidadosamente seleccionados por el partido. Pero cuando Clinton donó libros delante de la biblioteca de la Universidad de Pekín, la atmósfera era completamente diferente. Amigos míos me la describieron intensamente. Su recepción fue una bienvenida enormemente sincera. Este contraste dice mucho. El hecho es que hoy el nacionalismo en China tiene un trasfondo político. No tiene nada que ver con discusiones académicas. El nacionalismo ha aparecido porque el gobierno quiere distraer la atención del pueblo de la pérdida de credibilidad del comunismo. Quieren ver si el nacionalismo puede librarles de las presiones del malestar interno. Por esa razón lo fomentan.

A mi modo de ver, el nacionalismo es un fenómeno negativo, con peligrosas consecuencias para el futuro de China. Entrando en el siglo XXI, se presentan dos grandes tendencias. La primera es la necesidad de redefinir algunos conceptos actualmente aceptados, entre éstos, las ideas de Estado y nación, e incluso de soberanía. Esto tiene que ver con la nueva importancia de los derechos humanos. La segunda tendencia es la gran cantidad de conflictos internacionales provocados por reivindicaciones nacionalistas. Esta nación quiere ser independiente, la otra también. China se enfrenta a una gran transformación a corto plazo, que espero que sea tranquila. Personalmente, no creo que debamos fomentar el crecimiento de las emociones nacionalistas que podrían generar más problemas ocultos para el futuro del país.

Wang Chaohua: Creo que hoy el nacionalismo chino tiene un potencial considerable. Pero, si Li Minqi me permite usar su expresión sobre la clase obrera, diría que el nacionalismo aún no ha encontrado un foco organizado o una voz integrada. Aún no ha sido capaz de aliarse con otras fuerzas o proyectar ninguna política coherente. Así pues, aunque podemos observar reacciones emocionales frente a diversos temas en diferentes grupos o áreas del país, hasta el momento no han encontrado una expresión sistemática. El gobierno lo utiliza de forma muy instrumental en su política exterior. Lo manipula en algunos temas y lo ignora completamente en otros. Lo mismo sucede en los debates internos entre intelectuales.

Respecto a la pregunta de si el nacionalismo es saludable o no, me viene a la mente un ensayo de Zhang Xudong publicado en la revista *Dushu* el año pasado. Presentaba el argumento de Gellner acerca de la función positiva del nacionalismo en los países en vías de desarrollo o de industrialización tardía en este siglo, especialmente en la Europa del Este. A este respecto, de hecho vemos en China algunas tendencias a fortalecer los principales sectores industriales para desarrollar industrias nacionales de propiedad estatal. En la China actual, está surgiendo también una denominada nueva izquierda que querría evitar la expansión de las corporaciones multinacionales en el país. Sin embargo, continúa habiendo un problema de ambigüedad. Por ejemplo, ¿en qué medida nos parecería tolerable un monopolio nacional controlado por elementos poderosos del Estado?, ¿hasta qué punto lo juzgaríamos intolerable y preferiríamos la participación extranjera? El nacionalismo actual, aún bastante desarticulado, se enfrenta a cuestiones más complejas que el nacionalismo de la década de 1950. Con esta idea en la cabeza, diría que hoy el nacionalismo chino no resulta completamente desastroso.

¿Pensáis que las categorías derecha, izquierda y centro siguen siendo pertinentes en la China de hoy? De ser así, ¿cómo identificarías a cada una? En caso negativo, ¿qué categorías analíticas considerarías más apropiadas?

Li Minqi: Sí que creo que los conceptos de derecha, izquierda y centro siguen siendo aplicables a las diferencias ideológicas en la

China de hoy. No obstante, también es importante recordar que, desde hace mucho tiempo, estos términos se han venido utilizando de forma ambigua e imprecisa. A partir de la década de 1980, tanto los políticos del gobierno como los intelectuales orgánicos han tenido por costumbre dividir el campo de la opinión política en dos campos: «conservadores» y «reformistas». Dentro de este uso, a menudo se alude a los «conservadores» como «izquierdistas»; término que, a partir de ahí, prácticamente pasa a ser sinónimo de «reaccionarios». Este tipo de caracterización favorece al orden establecido y a la mayoría de los intelectuales conformistas. Para ellos, sólo hay dos líneas ideológicas. Una representa la modernización y el progreso, es decir, la rápida introducción del libre mercado y la propiedad privada en todos los campos. El otro es conservador e incluye tanto a los miembros del Partido Comunista que quieren mantener el antiguo régimen de economía planificada como a todos los críticos independientes del capitalismo. Los conservadores representan el pasado y no tienen opción. Naturalmente, este esquema ha suscitado mucha confusión.

Es necesario cambiar esta situación. Los conceptos de izquierda, centro y derecha deben usarse de forma más coherente con su significado original y su lugar en la moderna historia mundial. Con el desarrollo del capitalismo en China, las diferentes clases sociales están cobrando una forma más definida. En el futuro, por su parte, los intelectuales se dividirán cada vez más en grupos rivales que reflejarán sus simpatías hacia las clases antagónicas. Así, podemos decir que de derecha es alguien que defiende el desarrollo capitalista, tanto si él o ella apoya la democracia política como la dictadura, mientras que de izquierda es alguien que asume una visión crítica del capitalismo y responde a las necesidades y los intereses de la clase obrera. La izquierda china está aún en mantillas. Por el momento, se ocupa sobre todo de introducir las ideas progresistas más recientes de Occidente en nuestra cultura. Sin embargo, cuando tengamos una nueva generación de intelectuales chinos, cuyas mentes reflejen las contradicciones del desarrollo capitalista, cabe esperar una nueva situación. ¿Qué decir del centro? En la mejor de sus acepciones, el término designaría quizás a quienes son partidarios de la privatización y el capitalismo en China, pero ponen reparos a la forma en que muchos miembros del poder se han apropiado de tanta riqueza para sí mismos. Quieren una privatización «más justa» y más respetuosa con los derechos del pueblo llano. Es lo que algunos teóricos en Occidente llaman la «vía limpia al capitalismo». Creo que esta perspectiva es utópica e ilusoria, ya que ignora toda la historia de la acumulación primitiva mundial. Pero no cabe duda de que en la actualidad goza de un cierto predicamento entre los intelectuales chinos.

Wang Dan: Yo no uso las categorías izquierda, centro y derecha. El significado de estos términos ha cambiado tantas veces que se han vuelto totalmente imprecisos. Si tuviera que distinguir a los grupos implicados en la discusión política activa, los clasificaría en cuatro tipos. El grupo más numeroso es el de los liberales, que constituyen una mayoría entre los intelectuales chinos. Pueden subdividirse en

tres ramas. La primera está compuesta por lo que yo llamaría los liberales puros: pensadores individuales con principios que son completamente independientes del Estado, como Zhu Xueqin y Liu Junning. A los segundos les apodaría constitucionalistas. En él incluyo a gente que estaba dentro del sistema pero posteriormente fue expulsada, así como a otros que estaban fuera del sistema pero querían estar dentro, como por ejemplo Chen Zimin y Wang Juntao. A los de la tercera rama podría denominárseles teoricistas (*wuxu pai*): son marxistas heterodoxos de una generación más antigua, como por ejemplo Wang Ruoshui y Yu Guangyuan. Todos juntos, liberales puros, constitucionalistas y teoricistas forman una facción, el bloque liberal. El segundo grupo es el de los nacionalistas, gente como Sheng Hong y Hu An'gang, que proponen perspectivas como las que hemos debatido. El tercer grupo es el de los populistas, tales como Han Shaogong o Qin Hui. La mayoría de la gente no les ve así, pero yo creo que, culturalmente, se les debería llamar populistas. Intentan descubrir los recursos locales y las tradiciones populares de la sociedad rural que podrían estimular la modernización. Se interesan mucho por el campesinado. El cuarto grupo incluye a gente como Cui Zhiyuan, del MIT, o Long Jingben, que trabaja en la Oficina Central de Traducción, y el grupo que produce la revista *Investigación Comparada de los Sistemas Económicos (Jingji Tizhi Bijiao Yanjiu)*. Por lo general, se les llama neoconservadores. No estoy seguro de que sea muy exacto, pero continuemos y utilicemos el término. Así pues, divido a los grupos en liberales, nacionalistas, populistas y neoconservadores. Que yo sepa, no existen auténticos socialistas o comunistas, porque, por lo que se refiere a las autoridades, al PCCh, no creo que tengan una verdadera ideología. Supongo que se les podría llamar pragmáticos, pero no forman una escuela intelectual.

Wang Chaohua: Desde mi punto de vista, esta cuestión tiene que ver con las complejas interacciones entre intelectuales occidentales, por lo general de la izquierda, e intelectuales chinos, y con los esfuerzos de los intelectuales chinos por explorar diversas tradiciones de pensamiento occidentales. No podemos decir simplemente que las categorías de izquierda, derecha y centro no tienen ningún sentido en China. Por otra parte, no resulta sencillo aplicarlas. ¿Qué criterios deben emplearse para su definición? Li Minqi clasifica las distintas posturas exclusivamente en función de cuestiones económicas: capitalismo *versus* socialismo, empresa privada y mercado libre *versus* propiedad colectiva y planificación. Yo creo que este enfoque, que divide a la gente únicamente en función de su preferencia por un sistema socioeconómico, es demasiado simple en la China actual. Dejarme que exponga mi propio caso como ejemplo. Estoy firmemente a favor del derecho individual de cada ciudadano a su propia propiedad personal, lo cual requiere un tipo de protección legal que la RPCh nunca ha facilitado. Por otro lado, no me opongo en absoluto a toda forma de propiedad pública y discrepo de los actuales proyectos unilaterales de reforma de la Constitución de la RPCh, presentados por determinados miembros del poder en el Congreso Nacional del Pueblo, que legalizarían la privatización

de tal forma que perjudicaría con seguridad a una parte importante de nuestros conciudadanos. Debemos defender las libertades liberales básicas de las que el pueblo chino nunca ha gozado hasta ahora, al mismo tiempo que criticamos las hipocresías de la práctica capitalista occidental. En este sentido se diría que soy de izquierdas, pero soy consciente de que entre quienes emplean estas categorías, a diferencia de Wang Dan, a menudo se me consideraría una centrista.

Wang Dan: Daniel Bell dijo que hay gente culturalmente de derechas, económicamente de izquierdas y políticamente de centro. Ésta es una posibilidad. Y éste es el motivo por el cual rechazo las divisiones entre izquierda, derecha y centro, dado que una persona puede ocupar las tres posiciones al mismo tiempo.

Li Minqi: Eso parece una evasiva. La cuestión central en la política china es si nuestro país debería tomar el camino del desarrollo capitalista o elaborar alguna alternativa. ¿Debemos adoptar un sistema social y económico que favorezca básicamente a la minoría de los ricos y poderosos o, por el contrario, debemos intentar crear uno que refleje los intereses de la mayoría de la gente corriente? No podemos esquivar esta cuestión. Wang Dan ha defendido la privatización de la tierra.

Wang Chaohua: Pero, ¿puede incluirse la defensa que ha hecho Wang Dan de la privatización de la tierra bajo tu categoría de las medidas que favorecen únicamente los intereses de una minoría rica? ¿Acepta el propio Wang Dan que esta medida tendría tales consecuencias? Tú no te detienes en los términos «capitalismo» y «socialismo». Tu definición tiene un alto valor añadido.

Li Minqi: La mayoría de los economistas chinos apoyan actualmente ese tipo de privatización. No guardan en secreto sus posibles efectos sobre la igualdad social. Pero continúan insistiendo en que la privatización es exactamente lo que quieren.

Wang Chaohua: Eso es otra cuestión. Personalmente, creo que las consecuencias socioeconómicas de una privatización masiva de la tierra serían desastrosas para la mayor parte de la población china y, por tanto, estoy en contra de ello. Pero Wang Dan podría decir sin problemas que espera lo contrario, ya que difícilmente podría defender la privatización de la tierra sobre la base de que sería perjudicial para la mayoría de la población.

Wang Dan: Puede que Li Minqi haya leído más libros académicos, dado que estudia económicas en la universidad, pero el resto de nosotros leemos los libros de Milton Friedman y sabemos que él afirma que el sistema de la propiedad privada resulta provechoso.

Li Minqi: No he dicho que los partidarios de la privatización piensen que resultará perjudicial. Sin duda los que creen en el capitalismo dicen que el capitalismo es provechoso.

Wang Chaohua: Presiento que en breve las categorías de izquierda, derecha y centro se volverán casi ineludibles en China. Entonces nos veremos obligados a aclarar la diferencia entre sus significados en la China del siglo XXI y los usos de «derechista» en la década de 1950 o de «izquierdista» en la Revolución Cultural durante la década de 1960–1970 de este siglo. ¿Qué tipo de conexiones se formarán en el futuro entre los asuntos económicos y las cuestiones políticas dentro de este abanico? Li Minqi parece sostener que los programas económicos constituyen el único criterio para distinguir a la derecha del centro y de la izquierda en China.

Wang Dan: Pero ¿qué ocurre con los sistemas políticos, por ejemplo, un partido único o una pluralidad de partidos? ¿No constituyen también un criterio importante?

Li Minqi: En los países capitalistas avanzados no hay ni un solo partido de izquierdas que esté contra el sistema plural de partidos. Por tanto, nadie utiliza el sistema plural de partidos como criterio para distinguir entre la izquierda y la derecha. No es que yo quiera usar como criterio único el orden económico, sino que la cuestión de qué tipo de sistema va a adoptar China constituye la clave fundamental de una clasificación coherente. A decir verdad, mi método de identificación de la derecha y la izquierda es común a todos los países.

Wang Chaohua: Tú crees que el criterio que defiendes es aceptado universalmente en la actualidad. Distribuye a la gente en función de su opinión sobre el sistema económico que China debería desarrollar. Por lo que veo, este criterio continúa reduciéndolo todo a una única cuestión. Pero en la actualidad hay muchos asuntos políticos que no encajan tan fácilmente dentro de este marco.

Pensáis que China debería aceptar la independencia de Taiwán como Estado independiente, más o menos como Alemania aceptó la existencia separada de Austria? En cuyo caso, aplicaríais el mismo principio a, pongamos por caso, Guangdong, si la población local decidiera que su lengua, tamaño y riqueza les da derecho a un Estado propio y separado?

Li Minqi: No tengo nada que decir sobre esta cuestión.

Wang Dan: Yo tampoco. No he estudiado ese tema.

Wang Chaohua: El estatus de Taiwán es un problema olvidado por la historia de la China contemporánea. Podemos decir que Taiwán tiene lazos inseparables con el continente, pero también depende de la protección de los Estados Unidos. Sin embargo, lo que es innegable es que, en los últimos quince años, Taiwán ha alcanzado un nivel relativamente alto de democracia. Sin los esfuerzos del pueblo taiwanés, esa democracia habría sido imposible. Sin duda, Chang Ching-kuo supuso una apertura de la dictadura nacionalista y Lee Teng-Hui ha demostrado su destreza electoral, pero si no hubiera existido el Partido Democrático del Pueblo y una va-

liente lucha popular contra el KMT, ninguno de estos políticos conservadores habría concedido libertades a la población taiwanesa. Si la cuestión hubiera quedado en manos del KMT, éste nunca habría renunciado voluntariamente al poder. Con la historia de Taiwán como trasfondo, negar a la isla la posibilidad de hacerse independiente equivale directamente a negar los derechos del pueblo taiwanés. Desde mi punto de vista, entraría en contradicción con la legítima postura que adoptó el PCCh cuando apoyó el alzamiento popular del 28 de febrero de 1947 contra el régimen brutal del gobernador de Chiang Kai-Shek y violaría los principios sobre los que se fundó la RPCh. La República Popular no se creó exclusivamente para recuperar el territorio tradicional. La misión del ELP era liberar regiones en defensa de los legítimos derechos locales a la autodeterminación. Por tanto, la RPCh debería respetar en la actualidad esos derechos en Taiwán. Si Taiwán votara en un referéndum volver a unirse con el continente, la RPCh seguramente lo aceptaría como elección del pueblo taiwanés. Si votara por la independencia, el continente también debería aceptar el resultado. Mientras tanto, como un primer paso, la RPCh debería renunciar a la amenaza de la fuerza para recuperar Taiwán.

En este caso, el punto crucial es de carácter político. Quienes basan el caso de la independencia de Taiwán en reivindicaciones sobre el carácter especial de la sociedad o de la lengua taiwanesa, presentan argumentos muy débiles. Históricamente, como centro de un complejo civilizatorio, China ha tratado a las regiones vecinas no en función de su grado de semejanza o diferencia lingüística con respecto a su propia cultura, sino de acuerdo con la compatibilidad de sus sistemas sociopolíticos con su imperio. Allí donde los sistemas locales podían subordinarse estructuralmente al centro, el asunto de las diferencias lingüísticas quedaba silenciado. Esto explica por qué Guangdong, cuyo cantónés no está menos distante del mandarín que la versión del dialecto fujianés que se habla en Taiwán, no muestra ningún signo de querer separarse de la RPCh, que mantiene un firme control sobre la provincia. Del mismo modo, si comparamos la situación en el Tíbet y en Xinjiang, podemos ver un contraste parecido. En Xinjiang, aunque las lenguas uighur y han eran completamente diferentes —también hay otros grupos étnicos y lingüísticos en la zona— las estructuras políticas básicas fueron durante mucho tiempo sumamente dependientes de un gobierno central externo a la región. La situación era muy similar a la de los diversos khanes y señores de la Mongolia interior y exterior. Normalmente, no eran lo suficientemente autónomos como para prescindir de los recursos y el apoyo que les llegaba de fuera de la región. En cambio, las estructuras políticas e institucionales de la sociedad tibetana eran sumamente independientes del mundo han. Así pues, cuando el ELP derrocó al sistema feudal en la zona y el PCCh envió a sus cuadros a instigar la «lucha de clases» por la «reforma agraria» junto con otros cambios teóricamente progresistas, el carácter de la sociedad tibetana quedó profundamente dañado, dejando problemas que perduran en la actualidad y que no ofrecen perspectivas de solución bajo la dominación han.

¿Cuál es vuestra opinión de la guerra china contra Vietnam en 1979?

Li Minqi: No tengo nada que decir sobre ese tema.

Wang Dan: Yo no sé nada sobre la cuestión. Apenas tenía diez años en aquella época.

Wang Chaohua: Aunque no soy una erudita en la guerra con Vietnam, mi impresión es que se declaró para distraer la atención nacional, a diferencia del conflicto de 1969 en la frontera chino-soviética. La guerra proporcionó la ocasión para una descomunal campaña propagandística en el país, como si se tratara de una gran emergencia nacional. El régimen del PCCh hizo tremendos esfuerzos por intentar movilizar a la opinión pública bajo los eslóganes nacionalistas. Se pintaba a Vietnam como una potencia hegemónica regional a la que los chinos debían aplicar un correctivo. Apenas hubo argumentos políticos en la propaganda oficial, a diferencia de las acaloradas polémicas con la Unión Soviética a principios de la década de 1960 e incluso en 1969. La gente sólo sabía que estábamos en guerra. ¿Cuál era el trasfondo? Uno de los factores consistía en que una generación joven de comandantes militares había llegado al poder con la reorganización de las fuerzas armadas y la caída de Lin Biao y la Banda de los Cuatro. Vieron una oportunidad de autoafirmarse y adquirir prestigio en el campo de batalla. Para ello, los regimientos se turnaban constantemente en el frente, con el fin de que el máximo número posible de tropas pudieran curtirse en una «verdadera guerra».

¿A qué respondía el ataque? La guerra no iba encaminada a ampliar el territorio y el ejército se retiró de Vietnam en cuanto cesaron las hostilidades. En este sentido, fue parecida a la guerra chino-india de 1962, cuando el ejército chino atravesó la línea MacMahon, invadiendo una gran extensión de tierra, para después retirarse completamente al interior de sus fronteras. Desde el otro lado de la frontera, en Vietnam, dado que no hubo ninguna incautación de territorio, sería más adecuado considerar la guerra como un acto de agresión en vez de una invasión.

¿Hay algún tema en el que hubierais deseado que el voto de China hubiera sido distinto del de los Estados Unidos o de sus aliados en el Consejo de Seguridad de la ONU?

Li Minqi: No es una pregunta muy cómoda, pero creo que el gobierno chino debe oponerse a los Estados Unidos siempre que éste despliegue sus fuerzas armadas imperialistas para imponer su hegemonía en otros países.

Wang Dan: Creo que cada país debe votar de acuerdo con sus propios intereses nacionales. Si algo resulta perjudicial para el Estado y la nación china, China debería votar en contra. No me importa cómo voten otros países.

Wang Chaohua: Desde la visita del presidente de los Estados Unidos Nixon a la RPC, la política exterior china ha perdido todo principio básico. Con anterioridad, todo lo que intentaba decir o hacer estaba basado en determinados principios coherentes, con independencia de nuestra opinión sobre ellos. De acuerdo con estos principios, elegía a sus socios internacionales y les facilitaba asistencia material cuando era necesario. Desde la visita de Nixon, no ha habido absolutamente ningún principio en la política exterior china. Sin ninguna dirección firme, durante varios años la diplomacia china pareció muy prudente. Esa prudencia no respondía simplemente a un problema de incertidumbre, tenía también un sentido tácito de aprendizaje, pues China veía jugar a los demás para saber cómo podía obtener mayores beneficios. Si analizamos los resultados, no creo que sea suficiente que nos limitemos a determinar si China debería haber votado de manera distinta a la de los Estados Unidos. Sin duda, yo hubiera deseado que se hubiera opuesto al reciente bombardeo de Irak. Pero el PCCh también comete actos censurables por cuenta propia. Por ejemplo, hace dos años China vetó la resolución del Consejo de Seguridad de envío de fuerzas de pacificación a Guatemala, donde, durante tres décadas, distintos gobiernos militares habían reprimido brutalmente a las poblaciones indígenas autóctonas y habían desatado una guerra civil y donde las negociaciones de paz eran extremadamente difíciles. Pero como Taiwán había sido invitada por el régimen guatemalteco a participar en el plan de pacificación, China bloqueó el proyecto, impidiendo una tregua supervisada por la ONU entre el ejército y las guerrillas. En este caso, nos costaría decir que China debe votar a favor de todo aquello que sea de su interés nacional, ya que el PCCh sin duda considera que la recuperación de Taiwán forma parte de los intereses del país.

Wang Dan: Por supuesto, no voy a discrepar con esa opinión.

Wang Chaohua: Mirando hacia el futuro, aunque los miembros permanentes del Consejo de Seguridad son a su vez un club de grandes potencias, una China democrática que mantuviera su puesto en el mismo debería hacer todo lo que estuviera en sus manos para asegurar que las relaciones internacionales se fundamenten en la búsqueda de la paz, la justicia y la igualdad entre los miembros de la ONU.

Paradójicamente, el gobierno y la oposición china expresan a menudo una admiración común por los Estados Unidos. ¿Qué otro jefe de Estado ha recomendado alguna vez a toda la juventud de su nación que vea una película de Hollywood, como si se tratara de un alto deber moral, como ha hecho Jiang Zemin? ¿No os ha dejado perplejos algo así? En vuestro caso, ¿tenéis alguna seria reserva con respecto a la cultura o la sociedad norteamericanas?

Li Minqi: No me sorprende lo más mínimo que tanto el gobierno como la oposición china admiren la cultura norteamericana. Ya he explicado que el crecimiento de la cultura comercial a gran escala no perjudica necesariamente al actual régimen. En mi caso, como

marxista, claro que tengo serias reservas con respecto a la cultura popular norteamericana.

Wang Dan: Soy escéptico en cuanto a la premisa de esta pregunta. Me parece una broma hablar de la admiración del gobierno chino o de Jiang Zemin por los Estados Unidos. No creo que Jiang recomendara en serio a todo el mundo que viera una película de Hollywood como si se tratara de un deber moral. Se trata de un político al que le gusta actuar; es un actor aficionado. También tiene motivos estratégicos y un gusto por todo lo norteamericano. Todo lo cual es bastante utilitario. No deberíamos fundamentar ninguna valoración en este hecho. La admiración por los Estados Unidos de la oposición también debe ser analizada con mayor profundidad. Es posible encontrar algunas críticas a los Estados Unidos entre determinadas figuras de la oposición. Por ejemplo, Wei Jinsheng critica con bastante frecuencia al gobierno estadounidense. No obstante, es cierto que la actitud general es de admiración. Pero, ¿cuál es el calado de su comprensión de los Estados Unidos o de la cultura norteamericana? Dudo que sea muy profunda; más bien se parece a la del gobierno chino. No puede verse como una admiración o un deseo reales. En lo que a mí respecta, dado que llevo muy poco tiempo en los Estados Unidos, mi comprensión de la cultura norteamericana es limitada y no tengo ninguna crítica que hacerle.

Wang Chaohua: Desde mi punto de vista, es cierto que veo una amplia admiración por la cultura norteamericana en los grupos de disidentes chinos, las autoridades chinas y la población china en general. Pero hay que diferenciar las actitudes de estas tres fuerzas. Lo que les atrae en el espectáculo de los Estados Unidos no es lo mismo en absoluto. Los Estados Unidos interesan al gobierno sobre todo como gran potencia, algo que a su vez le gustaría que China fuese. Por tanto, procura cooperar con el gobierno estadounidense en la mayoría de los temas, con excepción de unas pocas cuestiones particularmente sensibles como el caso de Taiwán. La población en general está más bien hechizada por la imagen encantadora de América proyectada por los medios de comunicación, que se inspiran, de todas las formas imaginables, en los Estados Unidos. Por otra parte, entre los disidentes chinos y, más en general, entre los intelectuales, son las ideas de democracia liberal y de los derechos humanos lo que se asocia típicamente con el ejemplo estadounidense. Estas ideas tienen un origen europeo muy anterior a la existencia de los Estados Unidos, que se remonta al Renacimiento y a la Ilustración. Pero los Estados Unidos fueron el primer ejemplo de un sistema político basado en ellas creado directamente mediante un proyecto institucional y no a través de un lento desarrollo en gran medida condicionado por tradiciones más antiguas. Desde luego, no son lo mismo los principios abstractos del orden norteamericano que sus prácticas concretas. Como dice Qin Hui, debemos distinguir entre libertades abstractas y empíricas. Las libertades empíricas de la sociedad estadounidense están limitadas por las duras hipocresías del capitalismo norteamericano. Pero nos siguen haciendo falta conceptos generales comunes de libertad abstracta para poder distinguir entre

prácticas hipócritas y auténticos errores. Sin aquéllos, ni siquiera podemos hablar de las hipocresías.

Li Minqi: Los principios abstractos de los que hablas fueron desarrollados por los pensadores de la Ilustración precisamente en respuesta a las necesidades sociales de la clase propietaria.

Wang Chaohua: Es necesario preguntarse contra quién surgió la idea de protección de la propiedad. No fue una idea concebida inicialmente como defensa frente a las masas. Se dirigía principalmente contra los regímenes monárquicos y la aristocracia.

Li Minqi: No, no iba dirigida contra los señores feudales. La Constitución de los Estados Unidos se diseñó para proteger los intereses de los acreedores contra los intereses de los granjeros que constituían la mayoría de la población.

Wang Chaohua: Estás hablando del diseño específico de la Constitución norteamericana, mientras que yo hablaba del origen de tales ideas.

Li Minqi: Históricamente, las ideas de Montesquieu y otros pensadores estaban inmediatamente vinculadas a la cuestión de cuál era la mejor manera de proteger los intereses de las clases propietarias a las que pertenecían. Lo que tú llamas libertad abstracta, en realidad no es tan abstracta. Refleja intereses muy concretos.

Leo Lee: Ambos intentáis llevar la cuestión a un ámbito ideológico. Pero aquí el problema es la cultura norteamericana contemporánea. No habéis dado vuestra opinión sobre *Titanic*, o sobre la recomendación que hizo de la película el presidente de la RPCh.

Wang Dan: Jiang Zemin no hacía más que representar un espectáculo. «Todo el mundo debería verla para aumentar su estatura moral» [imitando a Jiang].

Wang Chaohua: Es semejante a la forma en la que los políticos occidentales hablan hoy sobre los valores familiares. Es bastante instrumental ideológicamente. En este caso, podríamos hablar perfectamente de la cultura comercial como narcótico político.

Wang Dan: No, la promoción que hizo Jiang de *Titanic* no tiene ningún significado ideológico. Se trataba de una cuestión puramente personal: quería lucirse, presumir de político sin prejuicios, que comprende y siente afición por las cosas de Occidente. Podría haber elegido cualquier otra película, arbitrariamente.

Wang Chaohua: ¿Por qué no eligió entonces, pongamos por caso, *La lista de Schindler*? ¿Por qué optó en concreto por *Titanic*? Tuvo que haber algún elemento en la película que resonara en él, o que pensara que podía usar para sus propios fines de propaganda moral. En este caso, no eran valores familiares lo que estaba fomentando. Jiang hablaba del «valor del caballero» que se sacrifica por los

demás. El mensaje subliminal era: veis, hasta los norteamericanos defienden esos valores, así que no cabe duda de que la juventud china debería hacer lo mismo.

Wan Dan: A decir verdad, el tema fundamental de *Titanic* no tiene nada que ver con los valores morales, sino con el amor romántico. Por eso digo que él no entendió la película, que sólo estaba actuando. Cualquiera otra película le hubiera venido bien.

Leo Lee: Llegados a este punto, me gustaría comentar algo. ¿Sabéis que el presidente Jiang dijo que de todas las películas que había visto en su vida, había tres que amaba por encima de todas las demás? Una era *Lo que el viento se llevó*. La segunda era un musical de Broadway que se llama *Green Bank on a Spring Morning* (*Verde orilla de una mañana de primavera*). La tercera era *A Song to Remember* (*Una canción para recordar*), sobre Chopin. Las tres fueron producidas en las décadas de 1930–1940. De modo que podría decirse que ello forma parte de su experiencia personal de hombre joven que iba al cine en Shanghai en aquella época, cuando esas películas causaron sensación. Todas eran de amor. Un dato más importante, sin embargo, es que todas estaban muy bien hechas. ¿Por qué? Porque en aquel tiempo la mayoría de los directores provenía de Europa. El Hollywood de entonces era muy diferente al Hollywood de hoy en día, en la técnica, las formas de expresión y el contenido. Jiang, al vincular *Titanic* con este tipo de películas, demostró su ignorancia con respecto al cine. Que el dirigente de un país hable a la ligera de algo así es casi una burla. Si el presidente de los Estados Unidos exhortara a todos los norteamericanos a ver una película para su edificación moral, se convertiría en el hazmerreír. Se publicarían miles de viñetas ridiculizándole. Claro que podrías decir que Jiang también se considera a sí mismo un ser humano que sólo pretende decir que le encantan las películas. O que quiere demostrar su aprecio por las películas de la misma manera que le gusta demostrar que entiende alemán e inglés. Pero en realidad *Titanic* tiene un significado muy distinto. Se trata de una historia sobre la modernidad occidental, la alta tecnología y el dinero a principios del siglo XX; después el barco chocó contra un iceberg y se hundió. Éste es el significado simbólico de la película. Pero nadie lo debatió en China. La película conquistó al público como espectáculo de alta tecnología.

Wang Dan: Lo que atrae a la gente son esos asombrosos espectáculos tan sumamente bellos. Todo el cielo se llena de estrellas y la gente se queda fascinada.

21 de febrero de 1999

* * *

Epílogo

¿Cuál es vuestra opinión sobre el bombardeo de Estados Unidos sobre la embajada china en Belgrado? ¿Cómo interpretáis las res-

Li Minqi: El ataque sobre Yugoslavia es una guerra imperialista sin justificación legal o moral. La «misión humanitaria» de la OTAN ha matado ya a miles de civiles y ha dejado a millones de ellos sin casa y sin trabajo. El bombardeo estadounidense sobre la embajada china fue sólo uno de los crímenes. Si fue premeditado o no es una cuestión secundaria, aunque todos los análisis técnicos rigurosos sugieren lo difícil que hubiera sido cometer una equivocación de este tipo. Lo más importante es que el bombardeo de la embajada de mostró sencillamente lo demente y bárbara que se ha vuelto la guerra de la OTAN.

Una de sus consecuencias involuntarias fue dar una lección al pueblo chino, de forma brutal pero eficaz. Hace diez años, los estudiantes chinos conmemoraban la Estatua de la Libertad, símbolo de la democracia occidental burguesa. Hoy queman la bandera de los Estados Unidos en las calles. Las manifestaciones antiimperialistas en las grandes ciudades chinas suponen un brusco cambio de perspectivas. Una nueva generación de estudiantes e intelectuales ha empezado a comprender los límites de la «libertad de prensa» en Occidente, a medida que ven cómo los medios de comunicación occidentales han servido de altavoz propagandístico de la guerra, silenciando toda voz alternativa, y han comenzado a impugnar la naturaleza del sistema político en cuyo nombre se está luchando. Por primera vez en muchos años, pueden oírse de nuevo términos e ideas socialistas. Se trata de una evolución muy esperanzadora. Mientras tanto, los intelectuales liberales, acostumbrados a glorificar todo lo que venía de Occidente, están profundamente turbados. Los que han optado por hacerse eco de los medios de comunicación hegemónicos en Occidente han demostrado su completa indiferencia hacia los sentimientos y los deseos de la gente corriente en China. Por consiguiente, su influencia en la generación más reciente de estudiantes se ha visto muy mermada, si no completamente desacreditada.

Wang Dan: El primer movimiento estudiantil a gran escala en una década estalló en una veintena de ciudades chinas, empezando el 8 de mayo, en protesta por el bombardeo de la embajada china en Belgrado. En primer lugar, la pasión patriótica es una fuerza valiosa en sí misma. Fue precisamente esa pasión la que los estudiantes sacaron a las calles del país en 1989. Como chinos, debemos defender el honor de nuestro país y la dignidad de la nación. En segundo lugar, es un signo positivo que, después de diez años de silencio, los estudiantes universitarios vuelvan a dirigirse a la sociedad. En la década de 1990, los cálculos mercenarios de una sociedad mercantilizada aplastaron las inquietudes sociales idealistas de la juventud china. De tal forma que prácticamente desapareció el papel tradicional de los estudiantes como voz de alarma de los asuntos públicos. Espero que lo que ahora vemos sea un nuevo comienzo que logre resucitar en una joven generación de estudiantes el espíritu de responsabilidad personal por el destino de la nación [«la preocupación

de cada uno por la prosperidad y la ruina de cuanto existe bajo el cielo» –un imperativo moral de la era Ming].

Sin embargo, a medida que refluye la marea alta de este movimiento estudiantil, también tenemos que reflexionar con calma y hacer tres distinciones. En primer lugar, es preciso distinguir el patriotismo del nacionalismo. El patriotismo es una virtud, mientras que el nacionalismo, cuando se presenta exaltado, puede que no sea lo más favorable para el país a largo plazo. Hubo algunas acciones excesivas en este último movimiento estudiantil, como el incendio de la embajada norteamericana o de sus consulados, el ataque contra periodistas extranjeros, etcétera. Por más que ésta no fuera la tendencia principal, puso de manifiesto el peligro de una protesta demasiado exaltada. El movimiento estudiantil debería adherirse a los principios de paz, razón y no-violencia. En segundo lugar, debemos distinguir entre el país y el Estado. Amamos a China porque somos el pueblo de China, no porque seamos súbditos del gobierno chino. Así pues, cuando expresamos nuestra pasión patriótica, es preciso que sigamos pensando por nuestra cuenta. Por ejemplo, cuando Japón desafió repetidamente la reivindicación china de las islas Diaoyu, o cuando las turbas resentidas atacaron a la minoría china en Indonesia, las autoridades de la RPCh se negaron en ambas ocasiones a conceder a los estudiantes de Pekín el permiso para celebrar concentraciones de protesta. Obviamente, son los intereses políticos y no la defensa de la dignidad nacional lo que se oculta detrás de este doble rasero.

En tercer lugar, debemos distinguir entre reacciones coyunturales y estrategias a largo plazo. Condenamos enérgicamente el bombardeo de nuestra embajada por parte de los Estados miembros de la OTAN, pero no debemos prolongar esta actitud hasta llegar a un rechazo de todo lo occidental o norteamericano. Si la presente reacción coyuntural llegara a perpetuarse como una estrategia a largo plazo para China, el país regresaría a una época pretérita de «puertas cerradas». La historia ha demostrado que, si no abre sus puertas al mundo exterior, China no puede llegar a ser una gran potencia.

Wang Chaohua: Creo que al ataque aéreo de la OTAN contra Yugoslavia es ilegal. Es una invasión de un Estado soberano cuyo gobierno, no perfectamente, sino a grandes rasgos, fue elegido democráticamente. Semejante intervención armada en los asuntos de otro país por parte de las grandes potencias supone el resurgimiento de la actitud colonialista bajo nuevas formas. La OTAN justifica sus acciones sobre la base de que hoy la soberanía del «Estado-nación» debe dejar paso a los valores «universales». Mientras tanto, ni un solo país de la OTAN ha renunciado a su propio aparato de seguridad nacional, ni ha compartido su riqueza con los que están sufriendo las consecuencias de las espantosas guerras entre Estados en África o de las crisis financieras en Asia. En cambio, la OTAN declara la guerra contra la nación serbia en Europa, lanzando bombas en racimo sobre áreas residenciales y haciendo pedazos la infraestructura del país, sumiendo en la miseria a todo un pueblo, en nombre

del socorro a los kosovares, cuya vida también se ha visto inmensamente deteriorada desde que comenzaron los ataques aéreos.

Muchos chinos eran escépticos desde el principio acerca de la intervención en los Balcanes liderada por los Estados Unidos. Cuando cinco misiles «inteligentes» impactaron en la embajada de la RPCh en Belgrado, hubiera resultado inconcebible que el pueblo chino, con su propia memoria de la arrogancia colonial occidental, no hubiera reaccionado espontánea y enérgicamente. También habría resultado desconcertante que hubieran aceptado fácilmente la explicación oficial de que se trataba de un «error» de la CIA, sin un solo indicio de una investigación exhaustiva de la operación. Al mismo tiempo, la respuesta al ataque por parte del gobierno chino está profundamente condicionada por su dependencia económica de los flujos de inversión interna occidental. Aparte de un llamamiento puramente formal a las Naciones Unidas, cuya impotencia quedó clara desde el principio, la RPCh no tomó ninguna medida diplomática seria para alterar el curso de la guerra. Su único gesto fue romper las conversaciones con los Estados Unidos sobre los derechos humanos: ¿como si negarse a discutir las propias violaciones de éstos en China, en vez de condenar su violación en Yugoslavia por parte de los Estados Unidos fuera una respuesta inteligente al bombardeo!

31 de mayo de 1999